

La geografía guadalupana en el obispado de Michoacán entre los siglos XVII y XIX

Martha Terán

No hay casa en México y fuera de México que no tenga con especial adorno una o más imágenes de Guadalupe. No se entrará en templo de tantos como hay en esta ciudad y en la Nueva España y fuera de ella, en que no haya imagen o altar dedicado a aquesta Señora...Pero más fácil será contar en qué iglesia (si hay alguna) no hay altar, ni se hace fiesta, que referir las iglesias en que los hay.

Francisco de Florencia

El padre Florencia escribió hacia 1688 sobre la enorme devoción a la Virgen de Guadalupe.¹ Este gran entusiasta englobaba en su cuenta guadalupana a México, la ciudad y sus alrededores, a la Nueva España y “fuera de ella”, quizás

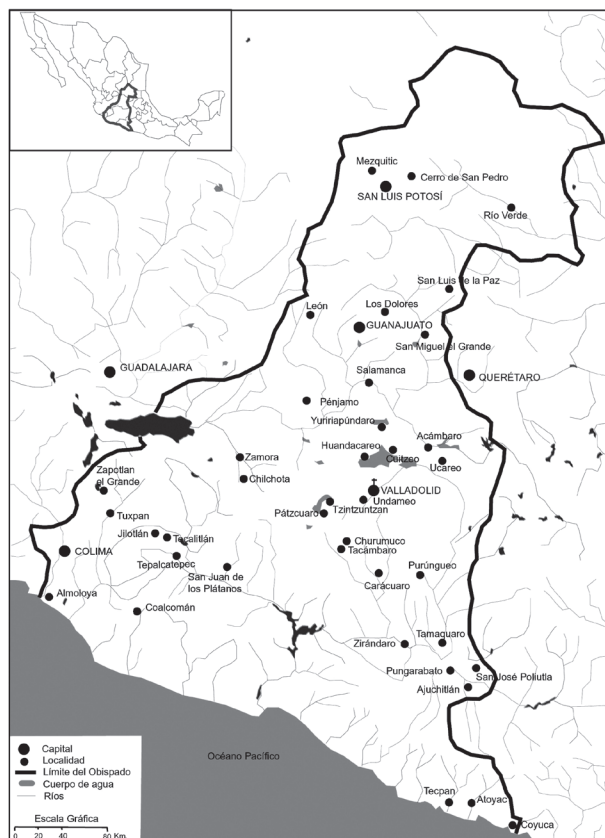
¹ Francisco de Florencia, “La estrella del norte de México” (1688), en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *Testimonios históricos guadalupanos*, México, FCE, 1982, p. 396. Una primera versión de este escrito fue presentada en la II Jornada Académica Independencia e Iglesia, Morelia, Michoacán, septiembre de 2009, dedicado al doctor Emilio Martínez Albesa. Agradezco a María Gayón por la realización del mapa que acompaña el texto, a Esteban Sánchez de Tagle por las facilidades para mejorarlo, a Mariela Ovando y Aída Bravo por su apoyo, y a mis estudiantes de la ENAH por sus comentarios.

refiriéndose a la Audiencia de la Nueva Galicia. A siglo y medio de distancia, otro entusiasta guadalupano que vivió la guerra por la Independencia bien podría confirmar la percepción del padre Florencia y hasta las consecuencias de tan poderosa fe. Carlos María de Bustamante escribió, comenzando la década de 1830, que la Virgen de Guadalupe había sido el “elemento unificador” en el acto violento con el que se había anunciado la creación de México, que la obra milagrosa de la Virgen: “Fijó en todos los mexicanos la idea de que en Nuestra Señora de Guadalupe tenían el paladín sagrado de su libertad y suspirada emancipación, idea que pasó de generación en generación por cerca de tres siglos, idea en fin, por la cual los insurgentes del año de 1810, invocaron a Nuestra Señora de Guadalupe y se pusieron bajo sus auspicios para sacudir el yugo español.”²

Desde dos años antes de iniciarse la guerra, en la capital del virreinato y otras ciudades de la Nueva España había comenzado a invocarse muy especialmente a la Virgen de Guadalupe para sacudir otro yugo, el que los franceses habían impuesto sobre la Corona a partir de que

² Carlos María de Bustamante: “Elogio y defensa guadalupanos” (1831-1834), en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *op. cit.*, p. 1078.

Devociones guadalupanas del obispado de Michoacán
al inicio de la guerra por la Independencia



ocuparon el territorio español y que amenazaba a todo el imperio. Nuestra señora de Guadalupe había estado en el centro de muchas y muy variadas demostraciones de lealtad a Fernando VII. El clamor por el depuesto rey había unido a todos los grupos de la sociedad, que llamaban a la Virgen para defender a “las dos Españas” de los Bonaparte, en calidad de patrona jurada de la Nueva España. Aunque Bustamante y otros colaboradores de los diarios capitalinos también consignaron en 1809 y en 1810 ruegos más sobresalientes a la Virgen de los Remedios, advocación de María y patrona muy antigua de la ciudad de México. La guerra verbal contra la herejía de los franceses en ese par de años dejó ver una religiosidad algo más compleja: los devotos de la Virgen de los Remedios, al declararse

la guerra por la Independencia, ampliaron su esfera protectora nombrándola no sólo defensora contra los franceses, sino también contra los insurgentes, quienes, en tierra adentro, ovacionaron a la Virgen de Guadalupe como madre y símbolo de un pueblo que decidió pelear contra los españoles para sustraerse de cualquier desenlace de la guerra europea.³ En el contexto de los ruegos a las dos mencionadas representaciones de María he podido encontrar, además, la evocación de la pequeña bandera blanca de los ejercicios espirituales de san Ignacio de Loyola, asociada tanto a manifestaciones relacionadas con la defensa de las dos Españas contra los franceses, como a la guerra por la Independencia de la Nueva España contra los españoles.⁴

La investigación reciente sobre las banderas de la Independencia muestra un primer día de la insurrección cargado de referencias guadalu-

³ Véase David A. Brading, “El último recurso”, en *La Virgen de Guadalupe. Imagen y tradición*, México, Taurus, 2002, pp. 355-399; William B. Taylor, “La Virgen de Guadalupe, Nuestra Señora de los Remedios y la cultura política del periodo de la Independencia”, en Alicia Mayer (coord.), *México en tres momentos: 1810-1910-2010. Hacia la conmemoración del Bicentenario de la Independencia y del Centenario de la Revolución mexicana. Retos y perspectivas*, México, UNAM, 2007, t. II, pp. 213-240. Como su publicación número trece, la Sociedad Mexicana de Bibliófilos, A.C., en 2009 editó el facsimilar de la obra más útil para entender el fenómeno. Juan Bautista Díaz Calvillo, *Sermón que en el aniversario solemne de gracias a María santísima de los Remedios, celebrado en esta Santa Iglesia Catedral el día 30 de octubre de 1811 por la victoria del Monte de las Cruces predicó el padre doctor don Juan Bautista Díaz Calvillo, prefecto de la doctrina cristiana en el Oratorio de San Felipe Neri de esta corte*, México, con licencia, en la imprenta de Arizpe, 1811. A éste le siguen las *Noticias para la historia de Nuestra Señora de los Remedios. Desde el año de 1808 hasta el corriente de 1812. Ordenábalas el autor del sermón antecedente*, México, con licencia en casa de Arizpe, año de 1812.

⁴ Martha Terán, “La bandera blanca de san Ignacio de Loyola en la guerra por la Independencia mexicana”, en Silke Hensel (coord.), *Constitución, poder y representación. Dimensiones simbólicas del cambio político en la época de la Independencia mexicana*, Madrid/Frankfort/México, Iberoamericana-Vervuert/Bonilla Artigas, 2011, pp. 339-379; y “Símbolos e imágenes de la guerra por la independencia”, en Juan Ortiz Escamilla y María Eugenia Terrones (coords.), *Derechos del hombre en México durante la guerra civil de 1810*, México, Comisión Nacional de los Derechos Humanos/ Instituto Mora, 2009, pp. 213-248.

panas. La congregación de Dolores, el santuario de Atotonilco y la villa de San Miguel el Grande son lugares primordiales en el mapa que pudiera trazarse de los acontecimientos guadalupanos. Los testimonios de la mañana del 16 de septiembre, en Dolores, evocan al cura Miguel Hidalgo indicando a sus artesanos la confección de banderas: tomó una estampa de la Virgen poniéndola sobre una pequeña tela blanca. Luego, en el balconcito de su habitación el cura Hidalgo vitoreó a la Virgen para iniciar la guerra.⁵ Saliendo de Dolores, en su segunda parada, los rebeldes tomaron del santuario de Atotonilco una pintura de la Virgen y continuaron a su paso sustrayendo otras imágenes guadalupanas de los recintos religiosos. No está muy bien entendido el catolicismo popular durante la guerra, si bien, hay nuevos testimonios visuales que nos dan idea de la improvisación popular: el coronel Theubet de Beauchamp pintó (pocos años después de la guerra) a insurgentes portando banderas confeccionadas con estampas guadalupanas cosidas en telas más burdas, aquellas que podían usarse cuando no se contaba con un lienzo blanco y sirvieron para que se orientaran las cuadrillas de la gente común en sus primeras acciones.⁶ La utilización de los símbolos del patriotismo criollo por la parte insurgente quedó mejor entendida al encontrarse, en España, las banderas de guerra de Ignacio Allende, dos vistosas telas gemelas por las que los militares criollos emitieron el mensaje más completo para iniciar la guerra, colocando a nuestra señora de Guadalupe en el anverso de sus banderas y en el reverso al águila mexicana. Para legitimar los reclamos de una patria bendecida se habían preparado con anterioridad en San Miguel el Grande, a donde llegaron a pernoctar los insurgentes ese primer día.⁷

⁵ Carlos Herrejón Peredo, *Hidalgo. Maestro, párroco e insurgente*, México, Fomento Cultural Banamex/Clío/Aeroméxico, 2011, p. 303.

⁶ Sonia Lombardo de Ruiz, *Trajes y vistas de México en la mirada de Theubet de Beauchamp*, Madrid, Turner, 2010, láms. 29 y 53.

⁷ Martha Terán, "Banderas de la Independencia con imágenes marianas: las de San Miguel el Grande, Guanajuato,

Éste es el fenómeno de un obispado, el de Michoacán y sus provincias, donde estalló la guerra, no del conjunto de la Nueva España. ¿Una devoción más arraigada que en otras partes, o el simple conocimiento mayor de la Virgen explicarían esa oleada de imágenes guadalupanas que sirvieron como banderas desde el primer momento? La publicación de nuevas fuentes ha permitido saber que, 20 años antes del inicio de la guerra por la Independencia, en el contexto de la particular y fuerte cultura mariana del obispado, la Virgen aparecida en el Tepeyac se encontraba en la avanzada del movimiento de sus comunidades devotas. David A. Brading y Óscar Mazín lo observaron, al dar a conocer un documento muy completo para acercarse al mundo devocional del obispado de Michoacán en 1791. "Llama la atención el número de fundaciones que tuvieron por titular a Nuestra Señora en su advocación de Guadalupe, seguida por la de Los Dolores, el Rosario y La Soledad", escribieron.⁸ ¿Pudo existir en el obispado un co-

de 1810", en Ivana Frasquet (coord.), *Bastillas, cetros y blasones. La independencia en Iberoamérica*, Madrid, Fundación MAPFRE, 2006, pp. 231-243. Una noticia sobre la repatriación de estas banderas desde España y una valoración del conjunto de las banderas de la independencia, con sus imágenes respectivas, se puede ver en "El intercambio del Bicentenario entre México y España en 2010. Estado del conocimiento sobre las banderas de la Independencia", en *Historias*, núm. 75, enero-abril de 2010, pp. 81-103.

⁸ David A. Brading y Óscar Mazín (eds.), *El gran Michoacán en 1791. Sociedad e ingreso eclesiástico de una Diócesis novohispana*, Zamora, El Colegio de Michoacán/El Colegio de San Luis, 2009, p. 71. En adelante será citado como *El gran Michoacán en 1791*. Los editores publicaron los legajos de esta muy completa fuente excepto uno, cuyas referencias del documento original, para distinguirlas, serán citadas como: *PGR 1791*. Se trata del "Plan general de rentas, proventos, emolumentos, frutos, censos, pensiones, obvenciones, beneficios, cofradías y obras pías que comprende el Obispado de Michoacán, formado para la deducción del subsidio, de orden del Ilustrísimo Señor Fray Antonio de San Miguel, del Consejo de su Majestad, Obispo de este dicho Obispado, con arreglo a los breves pontificios y reales cédulas del asunto, y según los extractos; relaciones juradas y demás documentos que han ministrado los curas, prelados de las religiones, mayordomos de fábricas y monjas, oficinas y juzgados a cuyo cargo corren los ramos que incluye, que todos paran en esta Secretaría de Cámara y gobierno de dicho Señor Obispo, mi Señor a que me refiero. José Aguilera, Secretario. Valladolid,



nocimiento de esta creencia y tradición un poco más notable, al menos desde la emisión del primer impreso guadalupano en el siglo XVII, que alentó a pensar que la Nueva España llegaría a ser una nación soberana, hasta el comienzo de la guerra por la Independencia, la cual fue el primer intento para lograrlo?⁹

Autores más cercanos a nosotros han dudado razonablemente de la abundante devoción indígena y mestiza que sugieren muchos testimonios históricos guadalupanos, porque atienden más a la cultura del patriotismo criollo. La geografía con centro en el Tepeyac parece que señala, más bien, puntos de avance y claroscuros que un sombreado. William B. Taylor, contando a los bautizados con el nombre de Guadalupe entre casi 20 mil registros parroquiales de los actuales estados de Jalisco (6 parroquias), Oaxaca y el Estado de México (una parroquia de cada uno), además de considerar otros importantes elementos como el culto en el centro de México, el valor simbólico y la ideología en torno a Guadalupe y el destino de México, en 1987 concluyó que la profusión de esta fe lejos del Tepeyac comenzó, digamos, unos cien años después del libro del padre Florencia, en la segunda mitad del siglo XVIII, y se volvió más visible en el siglo XIX, cuando la animó especialmente la Independencia.¹⁰ Taylor tuvo algunas reser-

vas frente a otras interpretaciones de autores más cercanos a nosotros, ya que nos alejó del concepto de una Virgen para los indígenas conquistados.¹¹ Una de sus importantes sugerencias fue ampliar el análisis respecto de cómo surgió realmente la devoción guadalupana, en la que vio una cierta implantación de arriba hacia abajo y, atendiendo a la constancia menor del nombre de Guadalupe entre los indios, explicó que la fe se difundió más entre españoles y mestizos que entre los indios, según uno se alejaba de la ciudad de México.¹²

Este ensayo describe cómo se extendió la devoción guadalupana hacia las provincias que integraron el obispado durante el virreinato entre comienzos del siglo XVII y comienzos del XIX, es decir, los actuales estados de San Luis Potosí, Michoacán, Guanajuato, la parte suriana que hoy corresponde a Guerrero y lo que fuera la alcaldía mayor de Colima (que pasó al obispado de Guadalajara en la década de 1790).¹³ Con alguna documentación generada por la catedral de Valladolid y sede del obispado pude acercarme a las dos vertientes del culto guadalupano reguladas por la iglesia: la criolla y popular en las ciudades y villas de españoles, (elegante y llena de recursos) y la que se ce-

Agosto 3 de 1791." Morelia, Archivo Histórico Manuel Castañeda Ramírez, Negocios Diversos, leg. 14 de 1750-1795.

⁹ Miguel Sánchez, "Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe. Milagrosamente aparecida en la ciudad de México. Celebrada en su historia con la profecía del Capítulo Doce del Apocalipsis, 1648", en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *op. cit.*, p. 26.

¹⁰ William B. Taylor, "La Virgen de Guadalupe en la Nueva España: una investigación sobre la historia social de la devoción mariana", en *Entre el proceso global y el conocimiento local: ensayos sobre el estado, la sociedad, y la cultura en el México del siglo XVIII*, México, Miguel Ángel Porrúa/UAM-I, 2003, pp. 389-427. ("The Virgin of Guadalupe in New Spain: An Inquiry into the Social History of Marian Devotion", en *American Ethnologist*, vol. 14, núm. 1, febrero de 1987, pp. 9-33). También publicado en *Trace*, revista del Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, núm. 22, México, diciembre de 1992, pp. 72-85. Existen otros avances de la geografía espiritual de la devoción guadalupana en: "Buscando y encontrando a Nuestra Señora de Guadalupe en el siglo XVIII", en

Humanitas, Anuario del Centro de Estudios Humanísticos, Universidad Autónoma de Nuevo León, vol. 34, 2007.

¹¹ Eric R. Wolf, "The Virgin of Guadalupe: Mexican National Symbol", en *Journal of American Folklore*, núm. 71, enero-marzo de 1958, pp. 34-39; Victor Turner [con Edith Turner], *Image and Pilgrimage in Christian Culture*, Nueva York, Columbia University Press, 1978. Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, México, FCE, 1977.

¹² Taylor escribió: "Se requiere investigar más en los archivos para saber cómo y dónde se originó el culto a la guadalupana, quiénes eran los devotos, cómo fue el cambio y cuándo se operó este último. No se llegará a conocer profundamente el desarrollo del culto si tan solo se buscan los orígenes y las representaciones simbólicas de la Guadalupe en las comunidades campesinas, las protestas indígenas y las ideas de liberación". Véase William B. Taylor, *op. cit.*, p. 425.

¹³ Para una visión estructural del obispado, véase Alberto Carrillo Cázares, "El gobierno espiritual en el obispado de Michoacán, 1758-1810", en José Antonio Serrano (coord.), *La guerra de independencia en el obispado de Michoacán*, Zamora, Gobierno del Estado de Michoacán/El Colegio de Michoacán, 2010, p. 23 y ss.

lebraba en algunos pueblos de indios, de recursos variables y menos conocida.¹⁴ Lo que se leerá adelante, sin reflejar de lejos el paisaje descrito por el padre Florencia, sugiere que la experiencia directa con la fe guadalupana en el obispado de Michoacán se anunció un poco más temprano que en las provincias estudiadas por el profesor Taylor, quien indica, desde luego, que cuando los cronistas tenían en mente la “gran devoción” guadalupana en ciudades lejos del centro, mencionaban a San Luis Potosí, Valladolid, Puebla, Guadalajara, Zacatecas y otras capitales provinciales: “Se ve que a partir de 1730 surgen tímidas plegarias de estas ciudades para rogarle que sea su patrona”.¹⁵

La fiesta guadalupana citadina

*Cuando María en los albores del día
se copió, dudaban las flores si ellas
brillaban o si olían los resplandores;
pues, si es que luces y flores en Tepeyac
se pintaron, sus propiedades cambiaron y,
por mostrar lo que hicieron, las luces
la florecieron las flores la iluminaron.*

José Agustín de Castro¹⁶

El culto a la Virgen de Guadalupe parece haber seguido el peregrinaje de las sedes del obispado hasta su asiento definitivo, de suerte que al comenzar el siglo XVIII ya poseía un nicho en las

tres históricas “ciudades de Michoacán” (Tzintzuntzan, Pátzcuaro y Valladolid), rivales en la designación de la capital michoacana definitiva, porque sucesivamente llegaron a serlo en el siglo de la conquista. En la más antigua, Tzintzuntzan, donde vivieron los reyes tarascos e hicieron los españoles su primera capital, había una capilla dedicada a la Virgen de Guadalupe al terminar el siglo XVI. En el comienzo del XVII, sin saberse cuándo se erigió, fue descrita de adobe “y sin recomendable adorno interior”. Se localizaba en uno de los extremos de la población, el barrio de Ojo de Agua. En el altar mayor del recinto, a los pies de Guadalupe, hoy todavía podemos admirar el escudo que los monarcas españoles le otorgaron como “La Ciudad de Michoacán”, aunque desconocemos por qué la Guadalupeana se incorporó en la pintura para unificar esta representación de los reyes antiguos.¹⁷ Cientos de años después, en la *Inspección ocular* en Michoacán, documento generado por las autoridades de la intendencia de Valladolid (ca. 1792), entre las ocho referencias sobre devociones guadalupanas grandes y pequeñas estaban registradas como antiguas, las de sus dos más importantes ciudades de indios, la ya mencionada Tzintzuntzan, y Pátzcuaro, la segunda que fue llamada “Ciudad de Michoacán”, al trasladar la sede eclesiástica Vasco de Quiroga y sentar allí también su residencia el alcalde corregidor. En Pátzcuaro, de una devoción fincada no por los indios, sino por particulares hacia finales del siglo XVII, se edificó un santuario guadalupano al comenzar el siglo XVIII.¹⁸ Lo interesante es que también se levantaba un santuario más lujoso en su ciudad rival y definitiva capital eclesiástica: Valladolid, la tercera nominada “Ciudad de Michoacán”, donde se

¹⁴ Carlos Juárez Nieto, *Índices documentales del Archivo Histórico Casa de Morelos. Fondo Diocesano*, Morelia, Instituto Michoacano de Cultura, 1998; *Índices documentales del Archivo Histórico Casa de Morelos II. Cofradías*, Morelia, Centro Regional Michoacán-INAH, 2003, y Carlos Paredes Martínez y Claudia Raya Lemus, *Breve catálogo de documentos históricos sobre el antiguo obispado de Michoacán*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/Conacyt, 2005.

¹⁵ William B. Taylor, *op. cit.*, p. 396.

¹⁶ José Agustín de Castro (1730-1814), autor de estas “décimas espinelas”, nació en Valladolid. Forman parte de su *Miscelánea de poesías sagradas y humanas* (1797-1809). Véase Alfonso Castro Pallares, “Poesía guadalupana de los siglos XVII y XVIII”, en *Congreso Mariológico, 450 Aniversario, 1531-1981*, México, Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe, 1983, pp. 455 y ss.

¹⁷ Gabriel Silva Mandujano, “Algunas consideraciones sobre el origen y el significado del Escudo de Armas de Morelia”, en *450 Aniversario de la fundación de Morelia*, Morelia, Palacio Municipal, época única, marzo-abril de 1991, pp. 31-32.

¹⁸ *Inspección ocular en Michoacán, regiones central y sudoeste*, José Bravo Ugarte (introd. y notas), México, Jus, 1960, pp. 20 y 36. Agradezco a Isabel González Sánchez darme a conocer su nueva paleografía del documento.

construyó por fin la catedral, aunque se unieron los dos poderes hasta 1786, con la creación de la intendencia del mismo nombre.

En la ciudad de Valladolid hay imágenes que nos pueden regresar hasta el siglo de la conquista. Existió una obra de nuestra señora de Guadalupe interpretada en arte plumario sobre papel de maguey, reconocida como del siglo XVI, en el Museo Michoacano (hoy Museo Regional Michoacano) ubicado en el centro. El padre Mariano Cuevas, en su libro de 1921 *Historia de la iglesia en México*, la incluyó como una de sus selectas ilustraciones tempranas.¹⁹ Desde el último remozamiento del museo, registrado en la década de 1980 (para reinaugararlo después de haber cerrado por años), se detectó la falta y aún se desconoce su paradero. Aunque por entonces se encontró en la oficina del inmueble una Virgen de Guadalupe interpretada también en plumas, cuyos elementos y composición patria la sitúan muy posterior a la declaración de la Independencia. No existe, en Morelia, un registro más antiguo que el de esta guadalupana del siglo XVI, perdida y que sólo conocemos por el padre Cuevas (fig. 1).

Otras pinturas le siguieron, las primeras claves de una fe guadalupana nacida en la propia catedral y emanada desde la catedral, especialmente promovida, como veremos, por algunos de sus obispos. Moisés Guzmán Pérez publicó que en el inventario de bienes pertenecientes a la iglesia del Sagrario de Valladolid, realizado el 24 de septiembre de 1696, el cura interino Juan de Baldovinos reportó: “ocho lienzos con dos imágenes, una de Nuestra Señora de Guadalupe y otra del Señor San José, ambos con sus marcos dorados [...]”.²⁰ Aquí está el comienzo de una veneración que continuaron



Figura 1. Ilustración tomada de Mariano Cuevas, *Historia de la Iglesia en México*, V vols., México, Porrúa, 2003 (primera edición de 1921), t. I, Libro primero “Orígenes de la iglesia en Nueva España 1511-1548” pp. 288 y 289.

otros, como el presbítero José de Salazar. Por un legado testamentario que dispuso tres años después, en 1699, ordenó la compra de dos candelabros de plata: “para el lucimiento de Nuestra Señora de Guadalupe en la parte donde se determine quede”.²¹ El culto comenzó a exten-

¹⁹ Mariano Cuevas, “Orígenes de la Iglesia en Nueva España, 1511-1548”, en *Historia de la Iglesia en México*, varios volúmenes, México, Porrúa, primera edición de 1921, 2003, t. I, Libro primero. Imagen entre pp. 288 y 289.

²⁰ Moisés Guzmán Pérez, “La devoción guadalupana en Valladolid a través de los registros bautismales (1594-1740)”, en Carlos Paredes (coord.), *Historia y sociedad. Ensayos del Seminario de Historia Colonial de Michoacán*, Morelia, Universidad Michoacana/CIESAS, 1997, p. 333.

²¹ *Ibidem*, p. 334.



Agüera S. S. JUAN BAPTISTA

derse probablemente animado por el conocimiento de la imagen de la Virgen dentro de la catedral, iluminada con esos candelabros. Menos de diez años después, en 1707, a la catedral se pedía permiso para que una imagen de la Virgen pudiera salir de paseo, a fin de reunir fondos en beneficio de una cofradía guadalupana que existía en el cercano pueblo de indios de Hundameo, doctrina agustina al sur de la ciudad.²²

En Valladolid, introduciendo el cómputo de las almas, es decir, de las primeras personas que llevaron el nombre Guadalupe en la ciudad, para ayudarnos a confirmar esta expansión temprana de la fe, vale señalar que también Jacques Lafaye, además de Taylor, insistió en lo provechoso que resultaría el análisis de los nombres de pila mediante los registros parroquiales, para encontrar a los infantes, hombres y mujeres, que sus padres fueron bautizando con el nombre de Guadalupe. Ambos coincidieron en que las y los Guadalupe fueron un fenómeno de la segunda mitad del siglo XVIII, que cobró fuerza después de la Independencia en los alejados pueblos de indios.²³ Inspirado en sus propuestas, Guzmán Pérez analizó otros 20 000 registros bautismales aproximadamente de Valladolid en los libros de nacimientos de entre 1594 y 1740. Así confirmó que el fenómeno era un poco más temprano en la feligresía de la catedral del obispado, pues dio a conocer que hubo 174 niñas y 21 niños que tomaron el

nombre de Guadalupe. De un registro por cada dos o tres años, que rigió la tendencia del nombre en los primeros tiempos, el siglo XVIII anotó de uno a siete bautizos guadalupanos por año. En la ciudad de Valladolid, el autor encontró la mayoría en el grupo de las castas, siguiendo en importancia el nombre de Guadalupe entre los españoles y al final entre los indios.²⁴ En cualquier caso: si los padres de la iglesia reflejaban las preferencias de su grey o si las inducían con su mensaje (lo más viable), lo cierto es que entrando la segunda mitad del siglo XVIII, la catedral vio adornar su fachada lateral con ese gran relieve en cantera de la Virgen de Guadalupe que todavía se corresponde hoy, en el interior, con una bella réplica de la guadalupana de finales del siglo, “tocada de su original” y colocada a un costado del altar primero, de trazo muy sobresaliente, diría Manuel Toussaint.²⁵ Para terminar el siglo XVIII en la sacristía se colocó un nuevo cuadro representando a la Virgen de Guadalupe embarazada, a la que ofrecen sus regalos los Reyes Magos, con un lema a sus pies que reza: “Sólo México tiene esta gran felicidad”. Desde los papeles que generaron fieles y autoridades de la iglesia y todavía conservamos en el Museo Casa de Morelos, iremos observando cómo la celebración guadalupana en el calendario festivo de muchas otras de sus ciudades y villas ya también era vistosa a mediados del siglo XVIII.

San Luis Potosí, Guanajuato, Celaya y Salvatierra eran también ciudades del obispado de Michoacán. Si de las segundas ciudades sólo se tienen noticias de imágenes en sus iglesias que pudieran remontarse al siglo XVIII, San Luis y Guanajuato, que fungieron como capitales de las intendencias respectivas desde 1786, hacían fiestas organizadas por sus respectivos santuarios guadalupanos. Aunque se hablará luego de ellos con amplitud, conviene saber desde ahora que el de Guanajuato se levantó en las primeras décadas del siglo XVIII, mientras que el de

²² Archivo Histórico Manuel Castañeda Ramírez, Casa de Morelos (en adelante AHMCR), Cofradías, Solicitudes, Siglo XVIII/0347, C1267, exp. 1, f. 30 (leg. 778 Negocios Diversos). Valladolid, 1707: “Petición y autos de licencia al Obispo para: la construcción de un altar en las cofradías del Santísimo Sacramento de Apatzingán, del Santísimo Sacramento y Nuestra Señora del Rosario de Taximaroa, y de Nuestra Señora del Rosario de los Españoles de Valladolid. Para sacar la imagen y pedir fondos a beneficio de la cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe de Hundameo. Para que el obispo reúna a los cofrades de Nuestra Señora del Rosario (1709). Otra de la cofradía de Nuestra Señora de la Soledad de Pinzándaro (1717). Y para poder vender un esclavo y comprar becerros para la cofradía de Nuestra Señora de los Dolores de Tepalcatepec (1717)”.

²³ Jacques Lafaye, *op. cit.*, pp. 393-396.

²⁴ Moisés Guzmán Pérez, *op. cit.*, p. 334.

²⁵ Manuel Toussaint, *Pintura colonial en México*, México, UNAM, 1965.

San Luis viene de la devoción más antigua del obispado, fechada a principios del siglo XVII. El guadalupanismo en las ciudades y villas tuvo un motivo muy poderoso en la promoción del patronato de la Virgen por toda la Nueva España. En el mes de marzo de 1737, según es sabido, el ayuntamiento de la ciudad de México eligió como Patrona Jurada a la Virgen de Guadalupe. En abril hizo lo mismo el cabildo de la catedral metropolitana; en mayo el arzobispo Vizarrón y Eguiarreta la declaró patrona de la Nueva España; entre julio y octubre Guadalajara, Zacatecas y San Luis Potosí extendieron el patronazgo a sus ciudades; en diciembre la declaración se cumplió y la fiesta potosina del día doce de ese año fue única.²⁶ Entre 1737 y 1754, fecha, esta última, cuando el papa Benedicto XIV confirmó el Patronato de la Virgen sobre la Nueva España, las juras de las ciudades y villas provinciales aumentaron. En la catedral de Valladolid el hecho había tenido lugar en 1739. La solicitud se había elevado a las autoridades correspondientes, tanto por el cabildo catedralicio como por el civil. Desde entonces, los ingresos de los bienes propios de Valladolid anualmente colaboraron con el remozamiento urbano para la fiesta. Es importante señalar que la aprobación del oficio y misa propios guadalupanos habían sido propuestos tanto por el entonces arzobispo de México, don Manuel Rubio y Salinas, como por el obispo de Michoacán, don Martín de Elizacochea.

Así fue como se generaron otros dineros, no de la iglesia ni de los fieles, que se emplearon para engrandecer la celebración de Guadalupe, sino de los ingresos municipales de las ciudades y villas. En la intendencia michoacana,

²⁶ Ramiro Navarro de Anda, "Efemérides guadalupanas", en *Álbum del 450 Aniversario de las Apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe*, México, Edición Buena Nueva, 1981, p. 275. Véase Jaime Cuadriello, "Visiones de Patmos Tenochtitlan: la Mujer Águila", en *Visiones de Guadalupe, Artes de México*, núm. 29, 1995, pp. 10-22, y "Del escudo de armas al estandarte armado", en *Los pinceles de la historia. De la patria criolla a la nación mexicana, 1750-1860*, México, Museo Nacional de Arte/INBA, 2000-2001, pp. 33-49.

entre 1790 y 1802, fueron de 200 a 300 pesos los que en promedio gastaron los ayuntamientos de Valladolid y de Pátzcuaro. En Valladolid, la parte que se reservaba para los preparativos de la fiesta guadalupana se llevaba por separado de las otras celebraciones patronales, mientras que en las cuentas municipales de Pátzcuaro, no. Si la celebración guadalupana desplazó a la de san José en la primera, haciéndose de ese renglón dentro de los gastos festivos, en la segunda no sucedió lo mismo porque la Virgen del Tepeyac no rivalizó con la veneración arraigada a la Virgen de la Salud. Ahora bien, respecto de las villas michoacanas de Charo, Zitácuaro y Zamora, si de Charo no tengo noticias, en Zitácuaro la devoción a Guadalupe no destacó pensando en la que se rendía a su Virgen predilecta, la de los Remedios. Sin embargo, al integrarse la Junta de Zitácuaro a finales de 1811 y creada para reorganizar la insurgencia tras la muerte de los primeros jefes, se confeccionaron allí banderas con la imagen de la Virgen de Guadalupe. Zamora, por su parte, auspició una devoción muy sólida en comparación con las otras villas. En la fecha principal, sus autoridades proporcionaban el ornamento y servicio urbano, pagado por el producto anual que dejaban los bienes propios que administraba su ayuntamiento, consistentes en la renta del suelo que pagaban los comerciantes viandantes y los dueños de puestos de cocina. Este gasto ascendió a unos 50 pesos anuales en promedio entre 1792 y 1802.²⁷ Como en las cuentas de Valladolid, estas fiestas guadalupanas zamoranas estaban separadas del rubro "funciones religiosas" que englobaba a las demás. ¿Quiénes levantarían esta fiesta de buen tinte popular, curas o frailes? No conozco registros de bienhechores guadalupanos.

En relación con las grandes ciudades y villas de la intendencia de Guanajuato, en el real minero del mismo nombre, en la segunda mi-

²⁷ Archivo General de la Nación, en adelante AGN, Ayuntamientos, vols. 181 y 220, "Extractos de las cuentas de los Propios de las ciudades y villas de Valladolid, Zamora, Zitácuaro y Pátzcuaro, 1790-1802".

tad del siglo XVIII sus bienes propios también aportaban en rubro separado algunos cientos de pesos anuales para la fiesta guadalupana, destinados al arreglo de la calzada que conducía hacia su santuario. Ahora bien, sin conocer los respectivos gastos religiosos fincados en los bienes de las villas de Salamanca y San Felipe, nada parece sugerir que su experiencia las acerque a la veneración sobresaliente del Rincón de León, villa en la que existía una cofradía guadalupana, o congrega de fieles que colaboraba con la festividad y hasta hacía un “repartimiento” especial de dádivas a los indios, guardándoles un lugar especial. En San Miguel el Grande no se duda de que el culto del siglo XVIII se repartía entre varios edificios religiosos (en su momento la villa había jurado con grandes fiestas a la Virgen de Guadalupe). Existía, por ejemplo, una veneración activa y permanente en el Oratorio de San Felipe Neri, institución que recibió al autor del primer impreso guadalupano, Miguel Sánchez, en el retiro hacia el fin de sus días, aunque sus dos iglesias tuvieran otras advocaciones marianas. Hablamos de una devoción compartida por todos los grupos de la sociedad aunque los criollos se congregaban alrededor de sus imágenes conocidas: la de los franciscanos en su cofradía de la Tercera Orden y las que poseía el Oratorio de San Felipe Neri. A sus rituales acudían las familias más notables además de los funcionarios reales españoles. Una fiestecita más popular pudo haberse plantado en la iglesia de Guadalupe, también conocida como Beaterio de Santo Domingo.²⁸ La villa de San Miguel el Grande, por lo demás, fue lugar de pila de uno de los pintores de imágenes guadalupanas más afamados de mediados del XVIII, Juan Patricio Morlete Ruiz, conocido por asociar en sus composiciones a la Virgen con el antiguo glifo fun-

dacional de México. Lo imitarían las banderas de Ignacio Allende de 1810, cuyo anverso y reverso al tremolar presentaban a la Virgen y al águila mexicana.

Las fiestas guadalupanas de las capitales de las intendencias que se formaron en el obispado en 1786 (Valladolid, Guanajuato y San Luis Potosí) eran muy completas y apegadas a las descripciones que podían hacerse del centro de México, como las hechas por Veytia y Bartolache.²⁹ Se componían de la misa de víspera el día 11 y proseguían el siguiente ya desde sus respectivos santuarios, con otra misa donde se podía escuchar un buen sermón, además de participar en la procesión y la verbena popular con juegos, cohetes, luces, música y encuentros con los otros. Como sucedía en la generalidad de las celebraciones de las ciudades, las guadalupanas observaban la jerarquía de la sociedad. Es de notar que si en San Luis Potosí la celebración se concentraba en su santuario, tanto en Guanajuato como en Valladolid la misa de víspera o “de gallo” se realizaba en su respectivo convento de San Francisco. Sus archicofradías (o cofradía de cofradías) de la Tercera Orden o Cordón de San Francisco, solemnizaban muy notables misas anuales con todo y sermón, juntando varias veneraciones y encabezando el mismo número de fiestas, una, a la guadalupana. En el *Plan General de Rentas del Obispado*, de 1791, se explica, por ejemplo, que la archicofradía del Cordón de San Francisco de Guanajuato, fundada en 1774, solemnizaba las de Guadalupe, de san Francisco y de san Benito de Palermo. Su capital era de 10 000 pesos, que se habían juntado del saldo de los seis a diez mil pesos que daban los hermanos según la abundancia o esterilidad de cada año, para enfrentar los gastos, también anuales, que no bajaban de tres a cuatro mil pesos. La devoción

²⁸ AHMCR, Diocesano, visitas, Informes, 1766, caja 504, carpeta 66, 322 ff., “Autos sobre la visita a la villa de San Miguel el Grande, expedientes de abril a mayo de 1766. Autos de la visita a la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe. Con el título de Beaterio de Santo Domingo”.

²⁹ Mariano Fernández de Echeverría y Veitia, “Baluarte de México”, en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *op. cit.*, p. 529, y José Ignacio Bartolache y Díaz de Posadas, “Manifiesto satisfactorio u opúsculo guadalupano” (1790), en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *op. cit.*, p. 597.



múltiple y las cantidades de dinero hablan de la profusa fe entre los pudientes.³⁰

En el convento de San Francisco de Valladolid la cultura de la aparición guadalupana era extendida. Tanto el santuario, como la Virgen patrona jurada, probablemente influyeron en la ampliación del número de las mujeres españolas a quienes sus padres nombraron Guadalupe. En las series de defunciones es posible toparnos con las abuelas de finales del siglo y las encontramos, de inmediato, en los registros de ese mismo convento. Por llevar el nombre se habrán sentado cada año en las primeras filas de la elegante misa de víspera que se ofrecía en san Francisco. Hacia 1750, Antonio García había levantado la Tercera Orden “a fuerza de su anhelo y solicitud”. Después de haber sido rector de la cofradía durante 30 años se retiró en 1788, pero de su mano y la de los siguientes mayordomos y rectores aún se conservan algunos *Sumarios y Patentes* de las indulgencias que ganaban los cofrades de san Francisco, muy importantes a la hora de partir; pero mientras llegaba el momento eran preparativo y feliz comunión. Los cofrades de la Tercera Orden en vida se comprometían a dar, en cada ocasión religiosa, cuatro reales por su asiento, más un real por cada función titular y medio real cada semana, o bien, dos reales al mes. En beneficio recibían de la cofradía, cuando se iban con Dios, o una mortaja (hábito) de san Francisco, o 14 pesos y cuatro reales para sus deudos, si morían lejos. Se les cantaban tres misas pagadas (especiales) y se les nombraba en 12 misas mensuales. Podía suceder que si los cofrades olvidaban el “cornadillo”, o limosna, por cuatro meses seguidos, fueran excluidos del “interés corporal” y únicamente gozaran del espiritual. Con el hábito de san Francisco en menos de 20 años, de 1780 a 1798, dejaron este mundo con el nombre de la Virgen las siguientes siete señoras: María Guadalupe Bravo (pidió indulgencia en

1774 y acabó sus días en 1786, con registro núm. 21); María Guadalupe Martínez Ayala (1780, 1786, 24); María Guadalupe de Medrano (1785, 1787, 41); María Guadalupe Hernández (1787, 1788, 42); María Guadalupe García Peña (1784, 1788, 24); María Guadalupe Andrade (1788, 1792, 6); y María Guadalupe Martínez (?, 1798, 3). Como se ve, fueron mujeres que solicitaron la indulgencia con la muerte cerca.³¹ Esta última señora repite nombre con quien muriera 12 años antes, en 1786. Si pudieron ser madre e hija, o tía y sobrina, aquí puede haber un indicio de que en torno a Guadalupe se fue formando con naturalidad una “invertida tradición” entre parientes, como asentaron José Ignacio Bartolache y Carlos María de Bustamante.³²

La fiesta urbana de Nuestra Señora de Guadalupe, como toda efeméride importante, en el siglo XVIII estaba ya cargada de alegría y dedicación, de recursos visuales y orales. Además de los sermones estaba la poesía. ¿Y qué podía contener aparte de su amable afirmación patriótica? Las sutilezas de la cultura guadalupana, sus misterios, sus interpretaciones teológicas, sus profecías. Varios michoacanos destacaron por sus versos, especialmente los franciscanos fray José Antonio Plancarte y fray Manuel Martínez de Navarrete.³³ José Agustín de Castro es el tercer poeta guadalupano notable, autor de la décima “espinela” que sirvió de epígrafe a este apartado del texto. Diez versos octosílabos con cuatro rimas, en una versificación muy delicada para explicar el milagro de la transustanciación... Pero

³¹ AHMCR, Parroquial, Disciplinar, Indulgencias, Patentes, leg. 3: Almiciones y comprobantes. Se revisaron cuatro paquetes, de *Sumario y Patente de las indulgencias que ganan... los cofrades de la Tercera Orden del Cordón de San Francisco* (no hubo caso de hombres): 1784-1797 (87 documentos); 1780-1797 (20); 1771-1780 (37) y 1771-1784 (21).

³² José Ignacio Bartolache y Díaz de Posadas, *op. cit.*, pp. 597-688.

³³ *Las Flores Guadalupanas* de Fray José Antonio Plancarte (1735-1815) son de 1785. Raúl Arreola Cortés, *La poesía en Michoacán*, Morelia, Universidad Michoacana, 1979.

³⁰ Véase en nota 8 la característica de esta fuente. *PGR 1791*, Guanajuato, f. 84 vta.; San Luis Potosí, f. 10, Valladolid, f. 94.

la celebración urbana tenía un contenido político indudable, como se tiene conocido. Para observarlo hay que recurrir justamente a los sermones, pues, como mucho se ha insistido, constituyen un género único donde quedaron impresas tanto reflexiones filosóficas sobre la patria como recreaciones en torno a la fundamentación teológica de la aparición.³⁴ Llama la atención que el sermón del siglo XVIII que se mencionó en Valladolid, la ciudad de México y otros lugares tras la caída de los reyes españoles en 1808, fue el del padre jesuita Francisco Javier Carranza, quien, en Querétaro, a 100 años del primer impreso del padre Miguel Sánchez, había escrito otra profecía: de seguir la guerra en Europa, el Asiento de San Pedro podría instalarse en la primera diócesis de América, en la Villa de Guadalupe. Seis décadas tenía de escuchado este sermón de 1749 y conservaba una gran actualidad por el constante estado de guerra en Europa.³⁵

Las palabras bien acomodadas también eran parte de la celebración urbana de Guadalupe. Cuando la ocupación francesa en España se volvía más poderosa, entró en la guerra la poesía. El antes mencionado fray Manuel Martínez de Navarrete, que era custodio de la lejana misión

franciscana de Río Verde, en San Luis Potosí, preocupado e inspirado por la situación envió a la capital del virreinato el siguiente soneto, que se publicó en una *Gaceta* de 1809, donde desestimaba que Napoleón pudiera ocupar el suelo que llama ya mexicano. La tradición guadalupana parecía suficiente para que la gente confiara en que la Virgen lograría derrotar a Napoleón Bonaparte, que defendería a las dos Españas y ayudaría a salvar al rey Fernando y al papa Pío VII del cautiverio al que los habían sometido los herejes franceses. Guadalupe podía frustrar “el plan de la herejía”; el paisanaje sería convocado a tomar las armas para defender un suelo al que ya dice mexicano:

Desde su eterno alcázar, desde el cielo,
viendo estaba a la América algún día
en su última aficción la gran María
y baja a darla maternal consuelo.
Miradla en Tepeyac, y a su desvelo
cómo se frustra el plan de la herejía
y apagarse la llama que cundía
desde el francés hasta el indiano suelo.
¿Qué vale, pues, que Napoleón ufano
con su hueste infernal que al mundo aterra
quiera ocupar el suelo mexicano?
¡Al arma, paisanaje! Guerra, guerra,
que el sacro paladión guadalupano
con su favor ampara nuestra tierra.³⁶

Es momento de señalar que con la crisis de la monarquía la fiesta guadalupana tendió a politizarse. Para ejemplo extremo podemos tomar la celebración de víspera de diciembre de 1809 en el convento de San Francisco de Valladolid. Después de realizarse, se “rompió la etiqueta” entre los españoles americanos y los europeos y empezaron las hostilidades cuando se culparon mutuamente de aliados de Napoleón. Así fue como se desenlazó la conspiración criolla que ha sido tomada como uno de los antecedentes michoacanos del inicio de la guerra por la Independencia.

³⁴ Después del clásico libro de Francisco de la Maza, *El guadalupanismo mexicano*, México, Porrúa, 1953, véase: David A. Brading, *Siete sermones guadalupanos*, México, Condumex, 1991; C.M. Stafford Poole, *Our Lady of Guadalupe. The Origins and Sources of a Mexican National Symbol, 1531-1797*, Tucson, The University of Arizona Press, 1997; Carlos Herrejón Peredo, *Del sermón al discurso cívico. México, 1760-1834*, México, El Colegio de Michoacán/El Colegio de México, 2003; Alicia Mayer, *Flor de primavera mexicana. La Virgen de Guadalupe en los sermones novohispanos*, México, UNAM, 2010, p. 153.

³⁵ José Ignacio Muñiz, un acusador de Hidalgo ante la Inquisición, a unos meses de comenzar la guerra por la Independencia escribió sobre lo que le decía a la gente: “He desimpresionado del error con el que alucina a los indios de que trae el señor don Fernando VII, al santísimo padre Pío VII y que es tiempo de cumplimiento de aquella profecía de que la silla apostólica ha de situarse en la Villa de Guadalupe”. Véase Martha Terán, “La virgen de Guadalupe contra Napoleón Bonaparte”, en *Estudios de Historia Novohispana*, México, UNAM, 2009, pp. 126 y ss.

³⁶ Raúl Arreola Cortés, *op. cit.*, pp. 25-26.

Los europeos tradicionalmente se agrupaban en las cofradías de Nuestra Señora del Rosario y de la Santa Veracruz, pero concurrían a todas las fiestas importantes de la ciudad y la Guadalupeana era una de ellas. Les retiraron la palabra los españoles a los miembros del bando criollo al sentirse molestos porque el Maestro de Terceros, Vicente Santa María, para la ocasión pronunció un sermón proponiendo la Independencia como una necesidad. La fiesta urbana para los criollos de Valladolid tenía un contenido político de afirmación de su nacimiento frente a los asistentes europeos. Por cualquier camino que tomara el sermón siempre se llegaba al mismo patriotismo: el significado de la elección de la Madre de Dios por el suelo de México. El sermón de Vicente Santa María parece que efectivamente proponía la Independencia como necesidad para preservar a la Nueva España, en la eventualidad de que los franceses quisieran atribuirse estos dominios. En todo caso, sí “se explicó fuertemente a favor de la independencia”. Cuando las denuncias secretas provocaron que los conspiradores fueran detenidos, unos días después, el Maestro de Terceros de San Francisco fue el primero, “porque predicó un sermón revolucionario”.³⁷

Los cinco santuarios guadalupanos

El hombre es de donde nace, no de donde se concibe; el hombre es de donde habita permanentemente, no de donde está de paso; ergo, si María nació en México y en él permanece, le gana al cielo, donde fue concebida en la mente del Padre.

³⁷ Según lo calificó al año un detractor de Miguel Hidalgo, fray Juan de San Atanasio. Nicolás Rangel, “Fray Vicente de Santa María y la conjuración de Valladolid”, en *Boletín del Archivo General de la Nación*, vol. II, núm. 5, México, 1931, p. 732. Véase Martha Terán, *op. cit.*, pp. 109 y 128, y “1809. Las relaciones entre los indios y los criollos de la ciudad de Valladolid en el intento de formar una junta soberana de la provincia”, en *Historias*, núm. 68, septiembre-diciembre de 2007, pp. 33 y ss.

Si la imagen escogió a México, por su patria, en esta ocasión quiso tomar para sí el sobrenombre de mexicana antes que el apellido de celestial.

Bachiller Antonio Flores Valdés³⁸

Es momento de cruzar la puerta de los santuarios del obispado consagrados a nuestra señora de Guadalupe. Se localizaban, el más antiguo por remitirse al siglo XVII temprano, en San Luis Potosí, mientras que los de Valladolid, Pátzcuaro, Acámbaro y Guanajuato datan de comienzos del siguiente siglo. Si la Iglesia oficializaba las devociones espontáneas de mayor arraigo y el espacio religioso máximo al que podían aspirar los creyentes era un santuario, ellos perfilan entonces el entramado de las devociones guadalupanas mayores. Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, al describir los cuatro santuarios marianos que circundaban en el siglo XVIII la capital virreinal (el de Guadalupe, Los Remedios, La Piedad y La Bala), los llamó “Baluartes de México”.³⁹

Los primeros santuarios y feligresías activas guadalupanas lejos del valle de México son del siglo XVII. Cuando Vicente de Paula Andrade se preguntó en 1908 cuál había sido la segunda iglesia dedicada a Nuestra Señora de Guadalupe en la Nueva España, su conclusión fue que, después de la edificación del Tepeyac, se consagraron las de San Luis Potosí (1662), Oaxaca (ca. 1664) y Querétaro (1668).⁴⁰ Sin embargo, el padre Rafael Montejano, autor del libro *Santa María de Guadalupe en San Luis Potosí. Su culto su santuario su calzada y sus santuarios*, al aclarar, en 1982, esos orígenes, corrigió la referencia señalando que antes de San Luis se dedicó una igle-

³⁸ Antonio Flores Valdés, “Sermón publicado en 1749 en el santuario guadalupano de San Luis Potosí”, en Francisco de la Maza, *op. cit.*, p. 106.

³⁹ Mariano Fernández de Echeverría y Veytia, “Baluartes de México, 1775-1779”, en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *op. cit.*, pp. 529-577.

⁴⁰ Vicente de Paula Andrade, “Estudio histórico sobre la leyenda guadalupana”, en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *op. cit.*, 1908, p. 1297.



sia en la fortificación de Campeche, dejando en segundo lugar el culto primitivo potosino que floreciera desde una ermita fincada en 1628. Pasados los años se construyó propiamente el santuario y, al dedicarse en 1662, San Luis Potosí se convirtió nada menos que en la primera ciudad novohispana en proclamar el patronazgo guadalupano en el siglo XVII.⁴¹

Es sabido que el culto guadalupano llegó primero a algunas ciudades provinciales y reales mineros, o sitios que representaron puntos de defensa y avanzadas de la colonización, llevado por los prósperos criollos, los colonos, los funcionarios, los curas y los frailes. Del santuario potosino primero se construyó la ermita bajo los auspicios de un particular, Juan Barragán Cano. Se la conoció con el nombre de “la primitiva ermita” y se edificó, como la del Tepeyac, en torno a una imagen casi tan especial. Curiosamente, Barragán Cano tuvo el mérito de adquirir en la ciudad de México la primera réplica al óleo de Guadalupe de que se tiene noticia en el obispado (recuérdese que la comentada imagen desaparecida de Morelia y atribuida al siglo XVI es plumaria). Está fechada en 1625, pero a la ermita llegó en 1629 y en la actualidad se conserva en el Santo Desierto potosino.⁴² Fue hasta 1654 cuando otro particular, don Francisco de Castro de Mamposo, obtuvo la cesión de un terreno para fundar propiamente el santuario que quedó concluido en 1662. Estuvo en funciones más de un siglo, pero, como en el Tepeyac, las construcciones se sucedieron y en 1772 se puso nuevamente la primera piedra de otro santuario más grande que se levantó en los siguientes 28 años. Su consagración data del 9 de octubre de 1800 y se ha dicho que Miguel Hidalgo cantó allí misa al día siguiente.⁴³

⁴¹ Rafael Montejano y Aguiñaga, *Santa María de Guadalupe en San Luis Potosí. Su culto su santuario su calzada y sus santuarios*, México, Ediciones Paulinas, 1982, pp. 19 y 65.

⁴² Francisco de la Maza, *op. cit.*, p. 34; Francisco A. Sustaita, *La Virgen de Guadalupe en San Luis Potosí. Reseña histórica*, San Luis Potosí, 1947.

⁴³ Rafael Montejano y Aguiñaga, *Santa María de Guadalupe en San Luis Potosí. Su culto su santuario su calza-*

Ahora bien, el santuario guadalupano de Valladolid comenzó a levantarse en 1708 y fue especialmente apoyado por los obispos michoacanos. Juvenal Jaramillo escribió que el culto guadalupano en Valladolid arraigó a tal punto que sobrepasó al que le debían a su patrono, el señor san José, después de varios momentos caóticos en que la acción de la Virgen intervino favorablemente.⁴⁴ Si en el santuario potosino vimos repetir la historia de edificaciones y reedificaciones del Tepeyac, en el de Valladolid también se representó el símil de la creación de un sitio de paseo y descanso, aquello que hizo fray Alonso de Montúfar cuando encaminó allá a los españoles de la ciudad de México que gustaban de los descansos campestres los fines de semana. Jaramillo refiere que al edificarse el santuario, los fieles le convirtieron en su lugar preferido por levantarse muy cerca de uno de los poquísimos desahogos con que contaba Valladolid, el paseo de San Pedro, en lo que fuera un pueblo de indios ya para entonces escasamente poblado y sumamente atractivo en su naturaleza. El santuario quedó listo en 1716 bajo el patrocinio del entonces obispo de Michoacán, Juan José de Escalona Calatayud. Hacia 1731, este amigo de las obras arquitectónicas mandó iniciar la construcción de una calzada para unir a la ciudad de Valladolid con su santuario, como se unió la de México con el Tepeyac por la Calzada de los Misterios, y que se replicó también en San Luis Potosí. La obra culminó en 1722 y costó 7000 pesos. Así pudieron proveerse quienes acudían a San Pedro de “pasto espiritual”.⁴⁵ Otra

da y sus santuarios, México, Imprenta Patricio Sanz, 1981 [1931], pp. 273- 279.

⁴⁴ Juvenal Jaramillo, “La calzada de Fray Antonio de San Miguel”, en Carlos Herrejón Peredo y Juvenal Jaramillo M., *Orígenes de la ciudad de Valladolid de Michoacán y de su calzada de Guadalupe*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 1991, pp. 58 y 49-98.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 72 y 93. La calzada midió 722 varas de largo y 9 de ancho. Totalmente empedrada, se le colocaron pequeñas paredes laterales de una vara de ancho con pasamanos de piedra; en las paredes se colocaron 14 capillitas enrasadas, siete de cada lado, y cada diez varas se colocó una cadena de piedra también de una vara. El apéndice núm. 1 es de sumo interés ya que corresponde a un censo

costumbre semejante a la del sitio del Tepeyac fue que los obispos que llegaban a Valladolid, como los virreyes y obispos a México, antes de disponer de su asiento hacían parada en el santuario guadalupano. Entonces, al igual que en la fecha en que se efectuaba la tradicional peregrinación, la calzada se vestía de gala y se adornaba con palmas junto con las casas y los solares contiguos. La recepción de fray Antonio de San Miguel el 13 de diciembre de 1784 fue tan agradable que ordenó las más grandes mejoras de la calzada dos años después, en 1786, cuando, fiel a su “teología político-caritativa”, decidió socorrer a las víctimas que por entonces se refugiaban en Valladolid de la más dura crisis agrícola del siglo, con empleo para que pudieran garantizar su sustento. En la misma ocasión este generoso obispo construyó el monumental acueducto que adorna Morelia hoy día.

Los siguientes santuarios se plantaron uno en la ciudad de Pátzcuaro y otro en el pueblo de Acámbaro, este último, en la provincia de Guanajuato. Ambas devociones también se armaron con el entusiasmo y dotaciones financieras de particulares y hombres de la Iglesia, pero esta vez animadas desde su origen por sus fieles devotos asociados en cofradías. La importante relación eclesiástica sobre las formas de organización, financiamiento y obligaciones del culto, el *Plan General de Rentas del Obispado*, de 1791, señala el momento en que dichos particulares se fundieron en Pátzcuaro en la cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe, de la que aún conservamos sus Constituciones de 1719, que se leyeron por primera vez en la capilla entonces extramuros, antecedente del santuario que vemos hoy día.⁴⁶ Ésta era la información

fechado en 1757, de las familias residentes en los contornos de la calzada. Indios y españoles vecinos pagaban al padre capellán del santuario arrendamientos que iban de 12 reales a 3 pesos aproximadamente. Una forma de sostén adicional del santuario aparte de las limosnas y donativos.

⁴⁶ AHMCR, Cofradías, Constituciones Siglo XVIII/0336, C1250, exp. 4, f. 16, Guanajuato, 1719: “Constituciones que han de guardar los hermanos de la cofradía del Cristo Crucificado, fundada en el hospital de los mexicanos de esta ciudad; también aparecen las de la cofradía de Nuestra

que se tenía de la cofradía: “Fue erecta en el año de 1720 con autoridad del Ilustrísimo señor don Felipe Ignacio Trujillo; tiene de fondos 3080 pesos de dotaciones piadosas de los fieles, cuyos réditos se invierten en la subsistencia, ornato y demás gastos de su antiguo santuario. En el cual se hacen varias festividades, dejadas por los bienhechores de este piadoso destino”.⁴⁷

A diferencia de Valladolid, donde el culto guadalupano fue especialmente promovido hasta por algunos de sus obispos y llegó a superar al que se le rendía al patrono san José, la celebración guadalupana tuvo en Pátzcuaro un perfil tenue. Su devoción mariana principal era a Nuestra Señora de la Salud. Los inventarios antiguos del santuario patzcuareño describen un recinto lujoso aunque ciertamente sobrio en comparación con el de Valladolid, aseverando que su riqueza principal provino de fuertes dotaciones o legados testamentarios, además de rentas sobre propiedades familiares, las principales, de residentes en la corte de la ciudad de México. Tuvo épocas difíciles, como cuando se alegó que no podía sostenerse si no se redimían las cuentas morosas con los descendientes de los primeros bienhechores, pero se sostuvo con suficiente decoro convirtiéndose en una ayuda de la parroquia. Las devociones marianas de Pátzcuaro con el tiempo se especializaron sin excluirse, una distinguía a la localidad y la otra hacía sentir a los residentes y vecinos su pertenencia a un conjunto mayor significado por el milagro de la aparición en el Tepeyac. Que al comenzar el siglo XIX la rogativa para cada Virgen era distinta, se comprobará cuando sintiendo la gente el peligro de sucumbir en poder de Napoleón Bonaparte, en Pátzcuaro, como en todos lados, se hicieron ruegos especiales a Guadalupe por el restablecimiento del rey y la suerte de “las dos Españas”, en su carácter de protectora y defensora de la Nueva España. En el novenario de 1809 para suplicar la ayuda de Guadalupe, resulta muy interesante que un día haya encabezado la procesión la república de indios de Pátzcuaro

Señora de Guadalupe, erigida en su capilla extramuros de la ciudad de Pátzcuaro”.

⁴⁷ PGR 1791, Pátzcuaro, f. 61 vta.

—como otros días la principiaron las órdenes religiosas— el párroco y el clero secular o el subdelegado y el ayuntamiento de españoles.⁴⁸

Por su parte, Acámbaro fue una parroquia que los franciscanos lograron conservar, después de que las restantes que atendían fueron secularizadas a mediados del siglo XVIII. Su santuario también comparte la historia de reedificaciones o remozamientos sucesivos, muy característica del ensanchamiento de la fe. Se sabe que había ya una capilla dedicada a la Virgen de Guadalupe en 1716, porque ese año se instaló allí una cofradía de Nuestra Señora de los Dolores.⁴⁹ El dato es importante porque la devoción parece anterior a la de Pátzcuaro, si a partir de ella se desplantó el santuario. Los franciscanos, que inicialmente prendieron el amor por la Virgen, se responsabilizaron del servicio, apoyando unas festividades que se volvieron anuales con la ayuda de un capellán. En 1774 la cofradía, cuyos miembros dotaban los gastos necesarios cada 12 de diciembre, pedía licencia para lo que se deseaba mucho: continuar celebrando una misa diaria en honor a la Virgen.⁵⁰ El *Plan general de rentas* demuestra que para finales del siglo XVIII el patrimonio de la activa cofradía de Acámbaro era algo más abundante que el que poseía la de Pátzcuaro:

Fue erecta con autoridad del Ordinario, aunque de ello no hay constancia por haberse perdido los primeros libros en que corría la fundación. Esta cofradía tiene de dotaciones particulares 3,254 pesos, con cuyos réditos se hace la función anual de vísperas, misa y sermón. La del lunes santo es igual a la antecedente, y con proce-

sión a la tarde: se costean tres misas al mes por los cofrades difuntos, y anualmente tiene su aniversario: la cera, vino y otros gastos de reparos que se ofrecen en su santuario, para cuyos gastos tiene que repartir mucha parte su mayordomo.⁵¹

Los santuarios alojaban a los peregrinos. El peregrinaje de los que deseaban llegar al Tepeyac para ver a la Virgen y hasta obtener alguna imagen se verificaba entre santuario y santuario, a partir del lugar desde donde se emprendía. Si se pasaba por el de Acámbaro, el peregrino tenía techo para la noche por cortesía de la organización auxiliadora.⁵² El uso de estos albergues se mide tanto por la monumentalidad de sus instalaciones (grandes portales, enormes lavabos), como porque funcionaban en toda época recibiendo a los que no necesariamente concurrían en el mes de diciembre. Aparte de las donaciones hechas por los cofrades, el santuario de Acámbaro recibió legados testamentarios y donativos en vida que sirvieron para sus ornamentos y los propios servicios. Es maravilloso el lavabo de cantera tallada que lo distingue. Tiene tres depósitos para los veneros donde corre el agua, en cuyos costados son dos ángeles los que la vierten; sobre el central y más grande está tallada la imagen de Guadalupe. La sacristía, además, se encuentra adornada con un muy hermoso árbol genealógico mariano que en la cúspide remata con la Virgen de Guadalupe. Este elemento ornamental fue también muy esencial para la devoción popular: ¿cómo no venerar a Guadalupe, la María mexicana y la última de sus manifestaciones? El santuario de Acámbaro fue también una parada importante en la ruta insurgente de Miguel Hidalgo hacia la ciudad de México. Allí dio misa, la última o una de sus últimas, usualmente descrita como

⁴⁸ Guadalupe Nava Otero, *Cabildos de la Nueva España en 1808*. México, SepSetentas, 1973.

⁴⁹ AHMCR, Cofradías, Constituciones, Siglo XVIII/0336, C1250, exp. 3, f. 16, (leg. 28 1716-1719), Acámbaro, 1716: “Constituciones y estatutos que han de guardar los hermanos de la cofradía de Nuestra Señora de los Dolores, fundada en la capilla de Guadalupe de este pueblo”.

⁵⁰ AHMCR, Cofradías, Solicitudes, Siglo XVIII/0347, C1268, exp. 57, f. 1, (inv. 524). Acámbaro, 1774: “Solicitud que hacen al obispo, la cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe, fundada en este lugar, de una licencia para que se siga celebrando misa todos los días del año”.

⁵¹ PGR 1791, Acámbaro, f. 77 vta.

⁵² En 1632 el arzobispo de México, Francisco Manzo y Zúñiga, mandó fundar en el Tepeyac casas de peregrinos. Éstas desaparecieron en 1751, al construirse una sacristía, sala capitular, archivos, y otras oficinas. Ramiro Navarro de Anda, *op. cit.*, p. 274.



S. IVAN BAPTISTA

una exaltación patriótica. De una de las muchas iglesias franciscanas de Michoacán, aunque no sabemos cual, salió a la guerra el famoso y bello estandarte de la Virgen pintado en acuarela, que la tradición ha colocado al lado de Miguel Hidalgo, tomándose equivocadamente como el del santuario de Atotonilco. Hoy se exhibe en el Museo Nacional de Historia del Castillo de Chapultepec y existen las condiciones para creer que pudo haber pertenecido a Acámbaro.

El santuario guadalupano de Guanajuato, el quinto, comenzó con la dedicación de una iglesia el 2 de diciembre de 1720. Su primera misa la dio el bachiller Nicolás de Espinosa, el sermón fue dicho por el jesuita Juan Bautista Peñuelas y además de los personajes eclesiásticos más distinguidos de la ciudad de Guanajuato, estuvieron presentes los franciscanos acompañados con los estandartes de la Tercera Orden, aparte de las otras congregaciones religiosas. El padrino de la función fue don Francisco de Bustos y excepcionalmente fue su artífice un español, don Antonio García de Zerratón, natural de Soria de Castilla la Vieja. Los primeros registros del santuario parten de 1723, el libro de cuentas se formalizó cuando ya se estaba edificando. Todo había comenzado con una capellanía de cuatro mil pesos fundada por García de Zerratón, más 200 pesos de una renta impuesta sobre las haciendas de campo (no de beneficio de metal) nombradas “cuevas y carboneras”, con la que se sentó la obligación de las primeras 15 misas rezadas. Por cierto, si visitáramos hoy el santuario guadalupano de Guanajuato, avanzando también por su sinuosa calzada que se trazó especialmente para comunicarlo, muy poco nos diría del esplendor de antaño según sus inventarios. El de 1729 comienza con la imagen que se podía admirar desde la puerta, que en el siglo fue creciendo en dimensiones, además de arroparse con otras tallas y cuadros de arcángeles, santos, y varias advocaciones de la Madre de Dios.⁵³ Los siguientes inventarios

⁵³ AHMCR, Diocesano, gobierno, santuarios, caja 334, exp. 2, ff. 280-282v: “Libro de cargo y data del Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, que hizo don Antonio

apuntan cómo se fue surtiendo de plata, sedas, damascos, muebles, ornamentos y suficiente luz de velas, registrándose cada pieza o cantidad de especie, con el nombre de su donante. Difícil imaginar lo bien que estuvo Nuestra Señora de Guadalupe en el Real de Guanajuato; llegó a poseer muchas casitas y terrenos de alquiler, era dueña de este tipo de propiedades también en el santuario de Valladolid.

Es sobresaliente que en el transcurso del siglo XVIII varias veces la alcanzaba de limosnas (obtenidas tanto por los demandantes que llevaban a la Virgen por los caminos y minerales, así como las propias limosnas que dejaban los que se acercaban al sitio) alcanzó una suma más importante que el producto de los legados y donativos de los particulares. Sobre grandes donativos, los empresarios del Mineral de Rayas primero, y luego los de La Valenciana y muchas minas más, entregaron sumas o financiaron obras para continuarlo remozando. Pero los “esclavos de la Virgen”, que, permanentemente, perseguían limosnas dando estampas por las más cuantiosas, y los trabajadores indios y mulatos en los que prendió esta fe, contribuyeron con su trabajo y frecuentación a diferenciar este culto de los otros emanados desde los santuarios guadalupanos del obispado, como el más popular de todos. Su fiesta del 12 de diciembre tenía un color muy local y tan sólo de los refrescos se pagaban de 50 a 100 pesos e igual cantidad para ornamentos y música. En varias ocasiones se cuestionaron estos gastos para concentrarlos en una procesión y ceremonia de más lujo pero ceñidamente religiosa, si bien mantuvo su prestigio como un centro de culto popular. Cuando los insurgentes tomaron el Real de Guanajuato, las cuadrillas de la gente común que asediaban por todas partes se identificaban portando las pequeñas banderas blancas a las que se cosían estampas con la Virgen de Guadalupe. Otras estampas estaban colocadas en los sombreros de los rancheros. En la provincia de Guanajuato no era difícil adquirir una, aunque lo más probable es que muchas de

García de Zerratón, presbítero de esta villa y natural de Soria. Guanajuato”.

ellas procedieran del santuario. En el inventario de 1783 ya se hacía mención de un molde para producirlas y, según parece, invariablemente había en existencia unas 600 para corresponder a las personas que dejaban una limosna.

Sobre las imágenes, hay que saber que algunos otros santuarios no dedicados a Guadalupe, sino a otra advocación mariana, también se hicieron de sus pinturas o estampas guadalupanas.⁵⁴ Tampoco debemos olvidar que en el Castillo de Chapultepec se puede visitar el cuadro al óleo que fue sacado del santuario de Atotonilco por los rebeldes del primer día y acompañó a Hidalgo hasta la batalla de Aculco, donde los realistas finalmente lo capturaron. Sería muy largo contabilizar las imágenes de los colegios, beaterios, seminarios, o las de las parroquias.

El poder milagroso de Guadalupe en la colonización tardía de Colima

Debiéndose este favor (por sin duda) a la Soberana Protección de María Santísima de Guadalupe, a quien el alcalde mayor dedicó en el referido año [1774] un humilde retablo en la iglesia de La Merced de la Villa; y a todos los pueblos de su jurisdicción dio estampas de la Señora tocadas a su original, haciendo que en la cabecera de Almoloyan se juntasen los pueblos a celebrar el día de la Grande Aparición, solemnizándole en la Villa con los mayores cultos que hasta entonces se habían visto.

Miguel José Pérez Ponce de León

⁵⁴ También había santuarios dedicados a Nuestra Señora de Loreto, Nuestra Señora de la Salud de Pátzcuaro, el Santuario de la Santa Cruz de Celaya, Nuestra Señora de la Soledad, el Santuario de Hospital de Salamanca, el de Nuestra Señora de los Dolores, Nuestra Señora de la Luz, Nuestra Señora del Carmen, Nuestra Señora de Los Remedios y el de Nuestra Señora de Cosamaloapan de Valladolid, la mayoría del siglo XVII.

Esas voluntades colectivas que edificaron los santuarios tienen paralelo en la labor de otros contados hombres en el contexto de la colonización del siglo XVIII. No solamente los particulares y los miembros de la Iglesia colaboraron en la difusión de la creencia guadalupana, hubo funcionarios virreinales que emprendieron la fijación del culto a la par de la penetración tardía, que se sirvieron de ella. Esta promoción virreinal de Nuestra Señora de Guadalupe tiene hacia el norte muchos registros. Por ejemplo, la colonización del Seno de Tamaulipas por el conde de la Sierra Gorda, pasada la mitad del siglo: para construir su provincia del Nuevo Santander avanzó por encima del obispado saliendo desde Querétaro (su respectivo santuario guadalupano para entonces tenía casi un siglo).⁵⁵ Ahora bien, la empresa que se va a comentar partió de una cabecera provincial, la villa de Colima, que originalmente fue una doctrina franciscana, y luego secular, pero hasta la década de 1790 perteneció al obispado de Michoacán. Aunque no se lo proponía de primera intención, la empresa culminó en 1774 con la fundación de la villa de Santa María de Guadalupe de Tecalitlán, por su alcalde mayor, José Miguel Pérez Ponce de León. Así se ganaron los llanos —antes muy poco poblados— entre las Audiencias de México y de Guadalajara.⁵⁶ Los ganó México por gracia de la Virgen, y ya habitados, en la década de 1790, fueron adjudicados a la Audiencia de Guadalajara.

La historia comenzó en marzo de 1770, cuando un temblor anunció que había despertado el Volcán de Fuego. Los vecinos de Colima acudieron a la Virgen de la Merced sacándola

⁵⁵ Jacques Lafaye hizo notar la importancia del estudio de los toponímicos para ponderar la expansión de la fe, llegando a la conclusión de que de todos los pueblos de las Indias Occidentales que llevaban el nombre de Guadalupe a finales del siglo XVIII, dos tercios se lo debían a la imagen mexicana. Véase Jacques Lafaye, *op. cit.*, pp. 393-394.

⁵⁶ Miguel José Pérez León, “Descripción del Distrito de Colima y del corregimiento agregado de San Miguel Xilotlán. 1789”, en *Documentos para la historia de Colima, siglos XVI-XIX*, México, Editorial Novaro (Peña Colorada), 1979, pp. 237-267. Como las referencias son del mismo documento no se reitera en notas.

de la iglesia en procesión, pero no tuvieron éxito. La actividad del volcán, sin embargo, paró entre 1774 y 1780 y el portento se atribuyó a Nuestra Señora de Guadalupe. Un “retablo milagroso” que el alcalde mayor depositó en la iglesia de La Merced de Colima, así como las estampas que llevó consigo desde el Tepeyac, alimentaron una devoción inmensa. En 1775, tanto en Colima como en la villa de Almoloyan se realizaron “cultos mayores” a Guadalupe, se edificó una iglesia en Sayula y se colocaron retablos nuevos con su imagen en la iglesia de Zapotlán, donde cimentaron una devoción que, muy poco después de la Independencia, alzó un concurrido santuario. Por lo pronto, la villa guadalupana de Tecalitlán se convirtió en “un pueblo de españoles y gente de razón, pocos mulatos y menos indios laboriosos”. Una iglesia se levantó también para servir a más de 1500 personas por un ministro que se enviaría desde la doctrina franciscana de Tuxpan. Vale aclarar, con todo, que si en la década de 1770 se extendía el culto guadalupano desde la Colima michoacana, también ocurría algo semejante desde el vecino obispado de Guadalajara, el cual dos décadas después terminó incorporando todo ese territorio, por la época de la dedicación del santuario guadalupano de la ciudad de Guadalajara a través de su obispo fray Antonio Alcalde.

Las estampas de la Virgen “tocadas a su original” que repartió José Miguel Pérez Ponce de León por todos los pueblos a su cuidado, duplicaron el efecto pacificador en esta región compuesta por valles y serranías. Agregado a Colima estaba el pueblo de Xilotlán, único sobreviviente de la destrucción total de 22 pueblos que causaron las epidemias de 1575; éste abría el paso hacia Tecalitlán. Una Virgen del Carmen había llegado a finales del siglo XVII de manos de un explorador minero de la serranía, a una boca del cerro de Tonantla donde se había colocado en un nicho. Ella amparó una veneración que compartieron los mineros y los rancheros que vivían muy dispersos en el valle y juntos, en el siglo XVIII, lograron plantar una ermita. Los indios xilotlecos y tuxpanecos,

sin embargo, nunca vieron bien el asentamiento de los rancheros que formaron la ermita; en 1771 todavía habían acudido al alcalde anterior para que mandase tirarla y ordenara que los rancheros se mudaran del terreno. Una solución primera fue que éstos dieran dinero a los indios por el arrendamiento de los sitios, pero no había paz. Don Miguel José fue quien, en 1774, con la fundación de la villa de Santa María de Guadalupe en Tecalitlán, paró el asunto: “Se formó en el Valle un pueblo que, dedicado a María Santísima, fuera útil a la Corona, y extendiéndose la Ley Santa de Dios, minorasen los indios, su *cuasi* bárbara dominación, y las sierras se limpiaran de los que con escándalo de las fieras las habitaban; y para el progreso, alentó a los rancheros, comenzando públicamente la devoción del santísimo Rosario (que hasta hoy permanece)”.

En el cerro de Tonantla —como en el cerro del Tepeyac y con siglos de diferencia— al fundarse la Villa de Guadalupe de Tecalitlán también se sustituyó entre los indios una devoción a Tonan, la madre de los dioses, por la de la Madre de Dios en Guadalupe:

En dicho cerro tenían los naturales un templo dedicado a una diosa que la llamaban Tonan: que quiere decir Nuestra Madre o Teteoynna, Madre de los Dioses, y, con reverencial, Tonanchin, que significa Nuestra Señora Madre. A dicho templo acudían para el buen logro de sus sementeras, y libertarse del Dios Xiuhtecuhtli o Huchuetotl, que les enviaba fuego y rayos, creyendo la habitación de este dios en el volcán de fuego, que hacía por su dominación se malograsen las sementeras, por lo que dedicaron a la diosa Madre de los Dioses un templo en Tonantla, cuyo cerro está puesto entre el valle y el volcán, juntándose antes de aguas y después con muchos mitotes, que aumentaban cuando a la mañana, en los collados de dicho cerro, veían algún arco iris (que por mucho tiempo comúnmente aparece allí), creyendo por este signo estaban en paz el Dios Sol y el



Dios Fuego, lo que habían conseguido por la Madre de estos dioses.

La calma del volcán alentó el progreso que deseaba el alcalde, y los mineros y rancheros pudieron apropiarse de las tierras y las sierras de los indios. Se puede tomar por un gran milagro integrador pensando que los indios cedieron en sus agresiones también esperanzados en la Virgen de Guadalupe, al ver fallidos sus intentos, mencionados arriba, para contener la furia del volcán, y contagiados de los funcionarios y los colonos que aseguraban que el cese de la actividad volcánica era obra de Guadalupe. Junto con la Virgen del Carmen, ambas pudieron sentarse con confianza en el cerro donde estaba la veta de Tonantla y Pérez Ponce de León se sentó a concluir su relato: “Estos errores y ceguera con que los indios, a clara luz, vivían en las tinieblas de su idolatría, ha disipado la Verdadera Madre de Dios María Santísima de Guadalupe con las Sagradas Luces del Santo Evangelio, haciendo cesase en esta su Patrimonial América el diluvio de tantas idolatrías; y no siendo mi obligación más que dar noticia tan sencilla como verdadera, suspendo en esta parte lo que adornará mejor pluma”.⁵⁷

Las cofradías guadalupanas

El templo representa la mezcla.
Jean Meyer⁵⁸

Ya se había hablado de cofradías de devotos en los conventos y en los santuarios, pero no en las villas ni en los pueblos del obispado de Michoacán, donde las cofradías surgieron por iniciativa de Vasco de Quiroga, asociadas a los hospitales de indios formados en el siglo XVI. Josefina Muriel escribió que el dolor, la miseria y la desorganización de la sociedad que sobrevi-

no después de la conquista fueron un impacto directo al corazón de Vasco de Quiroga, quien buscó formas para que los indios tuvieran una existencia armoniosa, capaz de “producir una buena conversión”.⁵⁹ Las enfermedades que trajeron los españoles crearon efectos tan catastróficos que muy pronto se aprobó por la Corona fundar hospitales en los pueblos. Vasco de Quiroga, inspirado en el pensamiento de Tomás Moro, los concibió como pequeños autogobiernos, los llamaba “repúblicas del hospital”. Nombró a los primeros (fundados en México y Michoacán) de la Santa Fe, para que no se entendiera la nueva fe traída por los misioneros como un conjunto de devociones, sino que el catolicismo era fin, razón y forma de la vida. Por solicitud de Quiroga la advocación principal de los hospitales fue María, “consoladora de los afligidos”, “salud de los enfermos”, en su imagen de la Virgen de La Concepción. Al finalizar el siglo XVI había unos cien hospitales en Michoacán; sin embargo, ya no fueron iguales a los primeros, pues al dejar de planearse como hospitales-pueblo, se volvieron organizaciones comunitarias adjuntas a las parroquias. Al proseguir el orden de los pueblos Vasco de Quiroga decidió ceñirse a la organización de la que se volvió cabeza como primer obispo de Michoacán: la parroquial. Desde entonces, la mitad de las parroquias fue administrada por los curas seculares, mientras que la otra permaneció bajo el cuidado de los regulares franciscanos y agustinos, pero en ambas las cofradías de indios se encargaron del hospital adjunto a la parroquia y de sostener el ceremonial católico.⁶⁰

⁵⁹ Josefina Muriel, *Hospitales de la Nueva España, fundaciones del siglo XVI*, México, Jus, 1956, pp. 59, 66 y 67.

⁶⁰ Para la fase evangelizadora consúltese a Robert Ricard, *La conquista espiritual de México, estudios sobre los métodos misioneros de las órdenes mendicantes en la Nueva España*, México, FCE, 1986; George Kubler, *Arquitectura mexicana del siglo XVI*, México, FCE, 1983 y J. B. Warren, *Vasco de Quiroga y sus hospitales-pueblo de Santa Fe*, Morelia, Universidad Michoacana, 1977. Para el proceso de secularización de la mitad de las parroquias administradas por los frailes hasta el siglo XVIII, véase Óscar Mazín, *Entre dos majestades. El obispo y la Iglesia ante las*

⁵⁷ *Ibidem*, p. 255.

⁵⁸ Jean Meyer, “La iglesia y su pueblo”, en Brigitte Boehm de Lameiras (ed.), *El municipio mexicano*, Zamora, El Colegio de Michoacán, 1987.

De entre estas dos órdenes religiosas, la franciscana y la agustina, pareciera que los franciscanos fueron los que en el siglo XVIII se esmeraron en inculcar el culto de Guadalupe. Estos frailes mantuvieron bajo su cuidado una cuarta parte de las parroquias, hasta su secularización. Como pudieron conservar dos parroquias cada orden, los franciscanos eligieron Acámbaro y la misión de Nombre de Jesús en Río Verde San Luis Potosí. Si bien una promovió un santuario, y en la otra su custodio gustaba de madurar poemas guadalupanos, alguna noción de este culto habrán dejado en las otras cuando las cedieron al clero secular. Entre los agustinos, su devoción guadalupana dejó bellas manifestaciones desde mediados del siglo XVII, basta evocar la imagen que se pintó en el convento de Yuriria (Yuririapúndaro) y a pesar de su deterioro todavía la podemos admirar hoy. Aunque también los veremos adelante alentando algunas devociones parroquiales a Guadalupe, hay que decir que la información de los agustinos a su mitra se volvió desconfiada y escueta desde la secularización: hubo pleitos muy fuertes, pero también es cierto que revelaban poco sus finanzas.

Ahora bien, en las parroquias atendidas desde el siglo XVI por el clero secular todo apunta a creer que la veneración guadalupana que floreció, con el tiempo también fue auspiciada por ellos: había estampas y pinturas guadalupanas en algunas sacristías o en iglesias de sus pueblos sujetos. Este clero secular, que al comenzar la guerra atendía casi todas las parroquias, era predominantemente criollo y mestizo.⁶¹ Está muy demostrado el guadalupanismo de notables curas insurgentes: José María Morelos, Mariano Matamoros y desde luego Miguel Hidalgo, quien desde niño conoció la historia de la Virgen. En muchas haciendas guanaju-

reformas borbónicas, 1758-1772, Morelia, El Colegio de Michoacán, 1987.

⁶¹ William B. Taylor documentó muchas relaciones, tanto buenas como malas de los párrocos con su feligresía, la que podía o no contagiarse del entusiasmo guadalupano, en el centro de México y sus provincias estudiadas. Véase, William B. Taylor, *op. cit.*, 2003, p. 400 y ss.

tenses había capillas y en el siglo XVIII algunas se adornaban con óleos de Guadalupe, como la de Corralejo, donde nació. La comenzó a construir su padre, cuando el futuro cura tenía seis años.⁶² Esta difusión de la fe se vio reforzada con el entusiasmo por la Virgen que caracterizó a los miembros de la Compañía de Jesús, quienes desde sus iglesias y establecimientos educativos también la promovieron. Hidalgo estudió con ellos antes de que los expulsaran, en 1767. Francisco Javier Clavijero estuvo enseñando en los recintos educativos de Valladolid entre 1763 y 1766. En su exilio de Italia, escribió en 1782 su *Breve noticia sobre la prodigiosa y renombrada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe*.⁶³

Los pueblos del obispado en el siglo XVIII crecieron como el resto de la sociedad, desde que los indios eran la abrumadora mayoría en ellos, hasta que dejaron de serlo en función del crecimiento de los otros grupos sociales. En aquéllos más alejados del trajín de la sociedad española —o en los que la vida comunitaria era “un todo” por ser los indios mayoría— la incorporación de nuevas veneraciones no demandó la creación de cofradías. Mediante la rotación de cargos por la designación de mayordomos (“servidores de los santos”) las familias rindieron respeto a sus devociones preferidas. En el orden de los altares se simboliza el mundo social y comunitario de los *vecindarios* (localidades completas que tenían por oriundos a los indios, pero también a sus vecinos) por las devociones agregadas. Las iglesias estaban en los pueblos donde la legislación española dictaba que únicamente podían vivir los indios, pero el servicio eclesiástico debía alcanzar a todos: a los mestizos, mulatos y españoles (europeos y criollos) de las haciendas, ranchos, trapiches, aserraderos y otras unidades productivas de los alrededores, así como a los domiciliados en

⁶² Ramiro Navarro de Anda, *op. cit.*, pp. 277 y 278.

⁶³ Francisco Javier Clavijero, “Breve noticia sobre la prodigiosa y renombrada imagen de Nuestra Señora de Guadalupe”, en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda, *op. cit.*, pp. 587 y ss.

su recinto. Las fiestas religiosas sacaban a los vecindarios de la rutina y los volvían teatro de encuentros. Así arraigaron entre las preferencias locales las celebraciones por la Pasión de Cristo (el Señor Sacramentado, el Sagrado Corazón, el Santo Entierro); las advocaciones de María (La Concepción, del Rosario, del Tránsito, de Dolores y de Guadalupe); las de algunos santos (san José, san Benito, san Nicolás, san Francisco de Asís, san Roque); santas como Ana, arcángeles como san Miguel o las Benditas Ánimas del Purgatorio. Sus cofradías podían agrupar un único grupo social (como las del Rosario de Españoles o las de La Concepción de indios), pero había corporaciones formadas indistintamente por mulatos, mestizos e indios. También es rica la historia de las relaciones de colaboración entre los indios y sus vecinos para mantener vivas las celebraciones preferidas.⁶⁴

Las parroquias de las villas y ciudades tenían de una a quince cofradías y hermandades. En los pueblos cabecera y otros pueblos grandes de indios también coexistieron en número variable. Hablamos de sociedades espontáneas de creyentes que actuaban con independencia aunque dentro de la Iglesia, y eran en sí una red de intercambio social ya que cumplían con las funciones religiosas y con otras de ayuda mutua para sus miembros (los gastos funerarios, o préstamos de sus valores), además de representar un prestigio local.⁶⁵ Como todas las

⁶⁴ Marta Terán, “La reinención urbana del pueblo de Tiquicheo con la disolución de las instituciones coloniales michoacanas”, en *Historias*, México, INAH, núm. 24. Se analizan relaciones de colaboración entre los indios de Tiquicheo y los vecinos de Cutzamala, para preservar los bienes en ganado de una cofradía dedicada a la Virgen de la Candelaria.

⁶⁵ En la *Recopilación de las Leyes de los Reinos de Indias*, de finales del siglo XVII, Felipe III dejó su voz: “Ordenamos y mandamos que en todas nuestras Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, para fundar Cofradías, Juntas, Colegios o Cabildo de españoles, indios, negros, mulatos u otras personas de cualquier estado o calidad, aunque sea para cosas y fines píos y espirituales, presente la licencia nuestra a autoridad del prelado eclesiástico y habiendo hecho sus ordenanzas y estatutos, los presente en nuestro Real Consejo de Indias, para que en él se vean y prevean

devociones surgidas en las parroquias, la fe guadalupana tenía que aprobarse bajo una forma probada de alimentarla espiritual y materialmente, en una solicitud que debía ser elevada a las dignidades obispaes por un promotor o directamente por los devotos. Gracias a *El gran Michoacán en 1791* (y al *Plan General de Rentas* de 1791) sabemos que por entonces existían hermandades y cofradías guadalupanas en 24 parroquias del obispado: Pénjamo, Yuririapúndaro, León, Salamanca, San Luis Potosí, Cerro de San Pedro, Guanajuato, Acámbaro, Valladolid, Pátzcuaro, San Juan Andacutiro, Tacambaro, Taretan, Coalcomán, Tépam, Coyuca en Pungarabato, Atoyac, Purungueo, Chilchota, Huandacareo, Huango, Zirándaro, Poliutla en Axuchitlán y Tepalcatepec. Sin embargo, debe señalarse que, hacia finales del siglo XVII y principios del XVIII, en los registros aparecen varias devociones que ya no se contaron en 1791 (Numarán, Techan, Hundameo, Cuitzeo y Apareo), aunque no por ello habría desaparecido el culto sembrado. Hundameo había sido parroquia agustina; esta devoción, se recordará, se había irradiado desde la catedral de Valladolid, a partir del primer cuadro y los primeros candelabros dedicados a Nuestra Señora de Guadalupe al iniciar el siglo XVIII. María Teresa Sepúlveda encontró una relación de 1794 (aunque se refería exclusivamente a la parte michoacana del obispado) que registra el cambio de estatuto de algunas hermandades, ahora ya transformadas en cofradías.⁶⁶ Sobra decir que estos hermanos y cofrades guadalupanos cuidaban, como todos, los altares, capillas, ermitas y santuarios,

lo que convenga, y entre tanto no puedan usar ni usen de ellas”. *Recopilación de Leyes de los Reinos de Indias*, Ley XXV, Título IV, Libro I, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica, 1973.

⁶⁶ AGN, Cofradías y Archicofradías, vol. 18, exp. 5-13. “Noticia del número de cofradías o hermandades que hay en esta provincia de Valladolid, época de su fundación, y licencia, sus fondos, destino con que se erigieron, demandas que circulan, con qué permiso y su inversión. 1794”. María Teresa Sepúlveda la resumió en un cuadro, en su libro: *Los cargos políticos y religiosos en la región del lago de Pátzcuaro*, México, INAH, 1974, pp. 118 y ss. Se consultó el original.



participaban en la organización de las funciones del 12 de diciembre y promovían rezos cada mes, aparte de lo que se ofrecía a los deudos por los miembros que tomaban el camino del cielo, para la buena recepción de las almas.

De San Luis Potosí la información es escasa: hubo una cofradía de rancheros asociada a su santuario guadalupano y otra devoción en el Cerro de San Pedro (que recogía limosnas y poseía 1602 pesos).⁶⁷ Son más las referencias sobre esta provincia las que ofrece el profesor Taylor, entre las que sobresalen las palabras de un informe potosino de 1805, de Luis María de Luna López Portillo: “Si viaja por los ranchos de todo este reino encontrará que rara vez faltan dos cosas: la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe y un pobre maestro de escuela para enseñar lectura y doctrina cristiana”.⁶⁸ Hacia la provincia de Guanajuato las asociaciones de fieles guadalupanos son más visibles. Considerando que la fe se irradió desde el centro, las devociones siguen caminos para Guanajuato y Guadalajara, viniendo de Querétaro y de la ciudad de México, porque el guadalupanismo efectivamente siguió la red urbana. En cuatro parroquias había fiestas guadalupanas: Pénjamo (existían cuatro cofradías y una era la de Guadalupe), la villa de León (donde se tenían por costumbre “cierros repartimientos” con la participación “oficial” de su república de indios, y la cofradía era dueña de 148 pesos y un pedazo de tierra), Salamanca (donde la veneración se había convertido en una capilla que se mantenía de las limosnas anuales que daban los mayordomos elegidos) y Yuririapúndaro (doctrina todavía agustina cuya cofradía se fundó en 1774 y se mantenía de una renta de vacas de 200 pesos).⁶⁹ En el territorio agustino entre dos de sus conventos —Yuririapúndaro y Cuitzeo— separados por la línea divisoria de las

intendencias de Guanajuato y Valladolid, era difícil no conocer el relato de la aparición de la Virgen, pues en el segundo convento, desde comienzos del siglo XVIII, la rememoración guadalupana se hacía gemela a la que se ofrecía en Yuririapúndaro por la antes mencionada cofradía de vecinos de razón. No sabemos cuándo se fundó la de Cuitzeo, pero conocemos su inventario de bienes fechado en 1712.⁷⁰ Esta cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe y Cinta de San Agustín fue otra de las asociaciones de devotos que no se registró más hacia 1791; siendo muy rica y variada la vida religiosa de Cuitzeo, se comprenderá que el culto y la imagen de la Virgen hayan permanecido.⁷¹

Por el lado de Valladolid, en 1791 se contaron más del doble de cofradías que en Guanajuato y algunas con orígenes en el siglo XVII. El *Plan general* registró ocho, aunque, como se ha insistido, existen noticias de otras cofradías y hermandades que ya no aparecen en esta fuente porque perdieron su aprobación oficial, o por omisión de los fieles como en Cuitzeo. Si atendemos a la localización de su mayoría, los recorridos que siguieron fueron, teniendo como centro Valladolid-Pátzcuaro, los de la conquista demográfica del siglo XVIII: el repunte de su norte y centro primero, y el posterior avance de los hombres hacia el sur, a las tierras calientes más difíciles de penetrar y poco habitadas. Las cofradías ganaderas de Purungueo (1660) y Chilchota (1687) fueron las de registro más antiguo en 1791; para entonces tenían

⁶⁷ David A. Brading y Óscar Mazín (eds.), *op. cit.*, pp. 75-81.

⁶⁸ William B. Taylor, *op. cit.*, pp. 400 y ss.

⁶⁹ *PGR 1791*, Yuririapúndaro, f. 68; Pénjamo f. 58; León f. 73; y Salamanca f. 41 vta.

⁷⁰ AHMCR, Cofradías, Asientos/Siglo XVIII, 0334, C1246, exp.1, f. 91. Cuitzeo de la Laguna, 1700-1734: “Libro que contiene la memoria de los gastos de la cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe y Cinta de nuestro padre San Agustín, fundada en el convento de este pueblo. También se exhiben las cuentas de cargo y data al término de la gestión de cada uno de sus mayordomos. En estos años aparecen como mayordomos los señores: Sebastián González, Nicolás Ortiz, Juan de Salas, Miguel Ortiz, Miguel de Tapia, Luis de los Santos, Manuel López, José de los Santos y Marcelo de los Reyes. Además de un inventario, fechado en el año de 1712, de los bienes que posee dicha cofradía”.

⁷¹ David A. Brading y Óscar Mazín (eds.), *op. cit.*, pp. 280-281.

más de 100 años celebrando a Nuestra Señora de Guadalupe.⁷² Existen las peticiones y licencias para su fundación, así como la de otra cuyo rastro se perdió, pues para 1791 tampoco se registró ya la cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe de Apareo.⁷³ Muy antigua también, de 1667 pero también sin conservar registro en 1791, fue la cofradía del pueblo de Numarán, con una vida muy activa si se atiende a que poseía bienes y llevó cuentas minuciosas elaboradas por sus funcionarios y mayordomos entre 1664 y 1691. Era una devoción de españoles que dejó de registrarse en los cuadernos de la catedral.⁷⁴

En las parroquias del Michoacán rural la Virgen de Guadalupe apareció al llamado de feligresías que estuvieron muy activas durante mucho tiempo; es decir, culminaban una vida religiosa bajo el mismo techo, dentro del contexto de la rica mixtura étnica. He aquí la simiente de los agustinos. En Huango, una parroquia secularizada en el siglo XVIII, en el hospital de indios de La Concepción había surgido la primera cofradía del XVI, que dos siglos después mantenía un fondo de 200 pesos. Pero en el siglo XVII,

⁷² PGR 1791, Purungueo, f. 18 vta., y Chilchota, f. 76. Sobre la cofradía de Chilchota se menciona que aprobada por el obispo Ortega y Montañez, tenía más de un siglo después 400 pesos en dineros de dotaciones particulares y 100 reses: un total de 600 pesos para cumplir con los compromisos mensuales y anuales con la Virgen.

⁷³ AHMCR, Cofradías, Fundaciones/Siglo XVII/0104, C6, exp. 21, f. 13 (1687, Inv. 91). Chilchota, 1687: “Peticiones y licencias para la fundación de cofradías de: Nuestra Señora de Guadalupe y Ánimas, ubicadas en este lugar, Santo Nombre de Jesús de San Pedro Zipiajo, Jesús Nazareno de Cuitzeo y Nuestra Señora de Guadalupe de Apareo; siendo obispo de Michoacán don Juan de Ortega y Montañez”.

⁷⁴ AHMCR, Cofradías, Asientos, Siglo XVII/0100, C3, exp. 16, f. 27 (leg. 14, Información Matrimonial y Negocios Diversos 1600-1669), Numarán, 1667: “Cuenta de bienes y gastos de la cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe de este lugar. Además de las de la cofradía de Nuestra Señora del Rosario hechas por su mayordomo José Muñoz en 1664, las cuales no mencionan su lugar de procedencia”; y Cofradías, Asientos, Siglo XVII/0100, C3/exp. 26, f. 40, Numarán, 1684: “Libro que contiene la elección de funcionarios y mayordomos de la cofradía de Nuestra Señora de Guadalupe, desde 1684 hasta 1691, así como el asiento de sus cofrades; además de cuentas de cargo y data”.

mulatos libres hijos de una población cuantiosa, que trabajaban en las plantaciones, fundaron la cofradía de San Nicolás Tolentino, la cual un siglo después poseía en ganado 1 000 pesos. Al comenzar el XVIII (1708) todos —españoles, mulatos e indios— fundaron la cofradía de Nuestra Señora del Tránsito (patrona agustina), que poseía en ganado 590 pesos. En 1743 se fundó la cofradía de españoles de Nuestra Señora de los Dolores, que funcionaba con contribuciones a la fecha y 90 pesos propios. El siglo terminó con la solicitud de dos hermandades dedicadas respectivamente al Señor Sacramentado y a Nuestra Señora de Guadalupe. Esta última, decían sus promotores, se mantenía de contribuciones “de los vecinos promovedores de ese culto”.⁷⁵ Probablemente en este pueblo, así como en el pueblo de San Juan Andacutiro o de los Plátanos, en sus cofradías de las Ánimas y de Guadalupe únicamente tenían participio esas familias, para hacer suya una devoción que los representare en el contexto de la mayoría indígena. Por lo demás, hubo casos de cofradías guadalupanas que se formaron primero que ninguna otra en su localidad. Por ejemplo, la de Huandacareo, de 1723 y poseedora de 400 pesos en ganado hacia 1791. Por nueve años estuvo sola hasta que se fundó la dedicada a Nuestra Señora de los Dolores.⁷⁶ También hubo el caso en que la Guadalupeana permaneció como la única cofradía, como en Taretan, que poseía, también en 1791, la cantidad de 1 380 pesos.⁷⁷

El guadalupanismo de la sociedad rural

Los naturales no conocen de la religión más que las formas exteriores del culto. Amantes de todo lo que depende de un orden de ceremonias prescritas, encuentran ciertos placeres en el culto cristiano. Las festividades de la iglesia, los fuegos artificiales que las acompañan y

⁷⁵ PGR 1791, Huango, f. 39 vta.

⁷⁶ David A. Brading y Óscar Mazín (eds.), *op. cit.*, p. 77.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 81.

procesiones mezcladas de danzas y de disfraces barrocos son para la gente común india un manantial fecundo de diversiones. En estas fiestas es donde se despliega el carácter nacional en toda su individualidad. En todas partes el rito cristiano ha tomado el color del país a donde ha sido trasplantado.
Alejandro de Humboldt⁷⁸

Para finales del siglo XVIII no únicamente las fuentes eclesiásticas generaban noticias sobre la fiesta pueblerina, menos después de las órdenes del virrey Bucareli, donde solicitaba a todas las autoridades que registraran el gasto religioso de los pueblos para cortarlo, por dispendioso, y dedicarlo a “fines más útiles” con fundamento en la *Real Ordenanza de Intendentes* de 1786. En la *Inspección Ocular en Michoacán*, realizada por las primeras autoridades de la intendencia de Valladolid, entre las referencias que existen sobre el culto guadalupano podemos observar también fiestas pueblerinas promovidas por los indios, por los indios con los vecinos mulatos y rancheros o exclusivas de los vecinos “de razón”. En ella aparecen las mayordomías nombradas por los indios para rendir su culto a Guadalupe (y a otras advocaciones), que son un poco más difíciles de documentar; no existen listados y no eran proclives tampoco a mostrar sus finanzas ya que la exigencia era cumplir y su compromiso mayor era con sus pueblos en la rendición de cuentas. En los grandes pueblos, como Tacámbaro (otra antigua doctrina agustina) éstos erogaban de su caja algunos recursos para cada una de las festividades. La fiesta guadalupana parece más importante que las demás, si las medimos por los dineros adicionales que debía pagar cada mayordomo. Por venerar en Tacámbaro a Santa Mónica, La Asunción, Santa Ana y San Miguel los mayordomos reunían menos de 11 pesos; por Guadalupe aportaban 41 pesos y 2 reales.⁷⁹ Las fiestas exclusivamente de indios en algunos pueblos de Michoacán, como se dijo, podían cele-

brarse el día de Nuestra Señora de Guadalupe dentro del calendario mariano por la república, a través de sus “juntas de indios viejos” o mayordomías. Así pues, ahorrraban los pueblos con los mayordomos para la fecha y así salían adelante con sus formalidades religiosas. El aspecto a subrayar es que con las mayordomías celebraba todo el pueblo, y no un exclusivo grupo de devotos. En la sencilla iglesia de Tamacuaro, que dependía de la parroquia de San Pedro Churumuco, la iglesia constaba de una pequeña nave de paredes de adobe, techada de paja y de tierra el piso, no contaba con un altar formal sino con solo cinco tarimas. En ese interior habían cinco Jesucristos en cruces largas y pesadas, además de tres pinturas de la Virgen: la “primitiva” (del hospital) de la Concepción de María, una de las Agustias y una de Guadalupe.⁸⁰

En otras informaciones de carácter civil, como las escritas por el alcalde mayor de Tlalpujahua antes de la promulgación de la *Real Ordenanza* de 1786, todavía no era perjudicial para los indios hablar sobre los cultos y sus fiestas, sino motivo de orgullo. Debido a que son escasas las referencias del culto guadalupano de los indios de Michoacán, sobresalen al respecto los compromisos eclesiásticos y comunitarios que reporta San Agustín Ucareo en 1779.⁸¹ En ellos se asientan los ingredientes de su particular banquete comunitario, que se preparaba tanto con motivo de las celebraciones religiosas, como cuando el alcalde mayor los visitaba. Descontando los días dedicados a la vigilia, si el pueblo se reunía a comer probaba de las tres carnes que conoció por los españoles, la gallina, el carnero y la res. Los gastos sugieren unos platos muy condimentados con especias y chiles. Se compraban servilletas, mantas, manteles, vino para consagrar, cera para iluminar, maíz para tortillas y tecomates de “espuma” o pulque. Ucareo gozaba de un calendario repleto: para aña-

⁸⁰ *Ibidem*, p. 152.

⁸¹ AGN, Propios y Arbitrios, vol. 12, f. 21. “Cuenta y razón del pueblo cabecera de San Agustín Ucareo, que está en tasación y lo que de derechos parroquiales será los que noticiaremos y damos razón a nuestro alcalde mayor por Su Majestad que Dios lo guarde por muchos años para nuestro amparo”, 1780.

⁷⁸ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, México, Porrúa, 1966, p. 63.

⁷⁹ *Inspección ocular...*, op. cit., p. 167.



dir a la Virgen de Guadalupe ya tenían antes —y por cierto muy bien celebradas— las principales fiestas marianas, las de Cristo y algunos santos. La fe guadalupana ingresó a este pueblo mucho tiempo antes de 1779; después de esa fecha ambos gobiernos, civil y eclesiástico, trataron de restar el lujo del catolicismo popular y los pueblos de ocultarlo. En la fiesta guadalupana de ese año los indios dijeron haber gastado 108 pesos, mucho dinero, aunque parece que se realizaba el 16 de noviembre de cada año. Conceptos varios por transporte y servicios especiales erogaban tan solo 21 pesos: las comidas se llevaban en bateas y la bebida en tecomates, cuyo trabajo se pagaba por separado. Por el servicio de contar con un sermón que recordara la historia guadalupana se daban 6 pesos y se consumía un peso y un real de cera.⁸² Esta es una de las pocas ventanas que tenemos para acercarnos a los indios guadalupanos que veneraban a Nuestra Señora de Guadalupe por separado.

También son escasas las ventanas que nos enseñan el mundo rural en materia de milagros, ciertamente menos espectaculares que los acontecidos en el partido de Colima. Abramos la del pueblo de Purungueo, pues milagros tuvo para recompensar la fidelidad antigua de estos indios y vecinos rancheros que se asociaron para honrar a la Virgen. Por lo general, como se ha indicado, uno o un grupo de creyentes ponían un bien en ganado, dinero o inmuebles en tierras de los indios, volviéndolos bienes espirituales de Nuestra Señora de Guadalupe después de colocar una imagen en la iglesia de su pueblo. Así pasó en Purungueo. Luego, un milagro a juicio de la comunidad devota, o la veneración activa y permanente, lograba la voluntad de reunir los bienes o dineros suficientes para que la iglesia reconociera la hermandad formada, o bien, que esta primera sociedad de devotos se transformara en cofradía. Eso también sucedió en Purun-

gueo, cuando el milagro de sobrevivir a una catástrofe se atribuyó a la Virgen en su advocación de Guadalupe. Según el *Plan General*, en 1791, en Purungueo alternaban las celebraciones cuatro viejas hermandades: la de Guadalupe (la más añeja, de 1660), la del Rosario (de españoles, de 1678), la del Santo Entierro (1680) y la de la Purísima Concepción (antigua de indios, disuelta sin saberse la fecha y restablecida en 1779 en un repunte poblacional). Para esa época, la hermandad de Guadalupe contaba con una dotación de 865 pesos en ganado, un verdadero pie: 115 vacas, 75 toros de todas las edades y 24 becerros de una nacencia. Sin embargo, en 1794 se asentó que esta hermandad ya sólo se servía de limosnas; se había quedado sin bienes.⁸³ Así se registró el milagro, el pueblo se salvó porque el ganado fue sacrificado durante dos pestes seguidas entre 1791 y 1792, que causaron “terribles estragos en sus habitantes”. Guadalupe había sido llamada para soportar la crisis y ayudar con su ganado: pasada ésta, la hermandad se convirtió en cofradía con la aprobación oficial, pues ya aparece así en la relación de 1794.

Los devotos volvieron a Nuestra Señora de Guadalupe una rica poseedora de ganado, particularmente cuando se mira hacia el sur del obispado, compuesto por pueblos de indios muy alejados unos de otros, cercados por rancherías y algunas haciendas. El avance de la colonización que llevó a Guadalupe ocurrió prácticamente en el siglo XVIII y es el área donde se localizaron en proporción más hermandades guadalupanas, movilizadas por el agradecimiento a sus favores. Pero la cofradía de Sirándaro (1738), que surgió después de las grandes epidemias de 1733 y 1737, para finales del siglo poseía 151 pesos en ganado.⁸⁴ La de Poliutla había extraviado su fecha de erección pero, de cuatro hermandades, la de Nuestra Señora de Guadalupe poseía 200 cabezas de ganado. En Coyuca (hoy Guerrero) la de

⁸² AGN, Propios y Arbitrios, vol. 12, f. 23. Por la primera batea se daban 7 reales y medio, por la segunda 4 reales y medio, por la tercera y la cuarta dos reales respectivamente. Se pagaban 8 aves valuadas a dos reales, la carne de vaca y de borrego también costaba dos reales, mientras que el vino y todas las especies sumaban 13 reales y medio. De “espuma”, se encargaban 4 tecomates a 2 reales cada uno.

⁸³ María Teresa Sepúlveda, *op. cit.*, p. 118.

⁸⁴ AHMCR, Cofradías, Erecciones, Siglo XVIII/0340, C1256, exp. 13, f. 11, Valladolid, 1737: “Autos que aprueban la fundación, erección y constituciones de las cofradías de San Roque en San Miguel el Grande y la de Nuestra Señora de Guadalupe de Zirándaro, en el año de 1738”.

Nuestra Señora de Guadalupe, entre varias hermandades, se había establecido sin formal aprobación en 1777, a solicitud de Nicolás Antonio y otros fieles indios. Poseía 47 cabezas de ganado de “ferro arriba” y en su fiesta se incluían cohetes. La de la cercana Tecpan tampoco tenía constancia formal, pero sus fondos eran 63 pesos más cinco vacas para sacrificar en la solemnidad.⁸⁵ La veneración guadalupana (como algunas otras devociones marianas) se volvió un culto cohesionador de esta sociedad rural del virreinato, jurídica, étnica y físicamente separada y respetuosa de la jerarquía social. En una buena parte de las cofradías y hermandades ganaderas fueron rancheros y hacendados los que dotaron el pie que pastaría en las tierras comunales de los indios y sería cuidado por ellos. En los pueblos mestizos hasta podían volverse mayordomos por ese camino, senda que a veces sirvió para que comenzaran a prestigiarse, a tener influencia en los pueblos. En sus primeros años, tales soportes financieros de las iglesias nunca se distinguieron de lo que en la época se conocía como un “donativo o legado piadoso” en dinero o pies de cría vigilado por los devotos, aunque con el transcurrir de los años y al crecer ya se tomaban genéricamente como bienes espirituales. A finales del siglo XVIII, el origen de la hermandad del pueblo de Atoyac (de cinco, la guadalupana era la más grande), de Coalcomán (Francisco Rivero había sido el fundador) y de Tepalcatepec son ejemplos de legados piadosos. De la devoción de Tepalcatepec, se avisaba en 1791 que todavía se ignoraba “su mueble y las cargas que sufre, pero sí se sabe, disfruta del todo el cura a su arbitrio”.⁸⁶ La parroquia contaba con tres hermandades: la de la Soledad, la de Guadalupe y la de la Santísima Trinidad.⁸⁷ Los ganados sureños de la Virgen se consumieron cuando los pueblos de Tecpan, Coyuca, Purungueo, Tepalca-

⁸⁵ PGR 1791, Huandacareo f. 35 vta., Zirándaro f. 42 vta., Poliutla f. 29 vta., Coyuca y Técpán f. 40 vta.

⁸⁶ PGR 1791, Coalcomán, f. 2 vta.: “Hay un pie de 130 pesos de ganado vacuno y diez bestias caballares, que se regula en 580 pesos donados por los devotos para el culto de María Santísima de Guadalupe en que se invierten sus esquilmos”; Atoyac, f. 82 vta.; David A. Brading y Óscar Mazín, *op. cit.*, p. 286. Este culto probablemente se irradió de su vecino Zapotlán y desde Colima.

⁸⁷ *Inspección ocular...*, *op. cit.*, p. 130.

tepec, Zirándaro y Poliutla, entre otros surianos, apoyaron la insurgencia de José María Morelos.

Queda por decir que en la devoción guadalupana de la sociedad rural, el mundo guadalupano no se agota en las hermandades y mayordomías. En la parroquia que atendió el cura Morelos, Carácuaro, había una cofradía de La Concepción y otras dedicadas a distintas advocaciones. Sin embargo, sin ese soporte la fiesta de Guadalupe era allí muy importante ya desde mediados del siglo XVIII. Aquí, el amor de un cura devoto de la Virgen como él, pudo juntarse con una feligresía guadalupana que, curiosamente, tardó en tenerle confianza. Morelos llegó en 1799; en 1802 le tocó levantar un padrón poblacional donde se observa que casi todas las mujeres llevaban como primer nombre María, pero había una niña de siete años cuyo nombre era María Guadalupe. En 1804 el cura Morelos levantó otro padrón de localidades: allí anotó unas Huertas de Guadalupe.⁸⁸ No es el único caso de propiedades con ese nombre. En la *Inspección ocular en Michoacán* se registran dos haciendas indígenas con nombre de Guadalupe. La primera estaba en San Pedro Churumuco, cabecera de curato que sujetaba al pueblo de Tamacuaro, afamado por su fiesta guadalupana (eran dos las haciendas de ganado, La Concepción y Guadalupe). La segunda estaba en el pueblo de San Gregorio Tacirán. Algunas de sus tierras de comunidad las habían tomado las haciendas de Guadalupe y La Labor.⁸⁹

Morelos regresó a Carácuaro un año después de arrancar su primera campaña militar, exclusivamente para oficiar misa el 12 de diciembre, dado que era muy importante para su feligresía la comunión insurgente. También en campaña estuvo de paso por Tecpan e hizo de ese pueblo una villa que bautizó con el nombre de Guadalupe. Al cambiar el estatuto de la localidad puso de lado la república de indios e integró un ayun-

⁸⁸ José Corona Núñez, *Carácuaro de Morelos*, Morelia, Universidad Michoacana, 1991, pp. 45 y 93.

⁸⁹ *Inspección ocular...*, *op. cit.*, p. 141, San Gregorio Tacirán: “Gozan las 600 varas de la ubicación del pueblo y además otras tierras de Comunidad, que se arriendan por 40 pesos anuales [...] y aunque tuvieron otras como consta de sus títulos, se hallan introducidas en ellas las haciendas de Guadalupe y La Labor”.

tamiento con la participación tanto de los indios como de sus vecinos. Dado que ya existía desde hacía décadas una devoción guadalupana con registro, el hecho de que la nueva villa tomara el nombre de Nuestra Señora de Guadalupe y que los indios y sus vecinos se juntaran para representarse en el nuevo ayuntamiento, confirma el carácter integrador tanto del guadalupanismo del sur como de la insurgencia sureña. Un año transcurrió para que la fortificación de Acapulco fuera tomada por las formadas tropas de Morelos, con una gran bandera que pertenecía a Hermenegildo Galeana: esta portaba a la Virgen de Guadalupe sobre un fondo celeste y blanco.⁹⁰ Pero los acontecimientos guadalupanos de la Independencia ya son otro tema.

Podemos concluir insistiendo en la importancia de ampliar las investigaciones sobre el guadalupanismo, que ofrece muchas más posibilidades de estudio. Con lo dicho se puede sostener que el conocimiento de la Virgen llegó a una buena cantidad de las 120 parroquias del obispado y lo llevaron muy diversos portadores, tanto religiosos como de gobierno o particulares. Asimismo, aprovechó los caminos y las redes urbanas y comenzó a prosperar desde comienzos del siglo XVII, para florecer por todo el siglo XVIII. La devoción a Nuestra Señora de Guadalupe en el obispado fue la culminación del amor a la Concepción de María, inculcada desde la evangelización temprana por el primer obispo michoacano, Vasco de Quiroga, por los frailes franciscanos y agustinos, por los jesuitas y por el clero secular. Dicha fe se promovió, o bien, fue recibida por los indios, los mulatos y los españoles, que la adoptaron muchas veces juntos o por grupos sociales separados; en consecuencia, hubo pueblos donde un grupo de personas elevaban sus ruegos a Guadalupe y hubo lugares donde todo el pueblo celebró a Guadalupe. Entre santuarios, imágenes emblemáticas e iniciativas y actitudes generosas de obispos,

curas, funcionarios, o simples devotos, nos hemos acercado a las formas en las que, en el obispado, fue organizada la celebración de la Virgen de Guadalupe por la sociedad urbana y rural, unidos los fieles, especialmente para llevar a cabo el propósito, en cofradías, hermandades y mayordomías.

Esta geografía espiritual, muy lejos realmente de ser exhaustiva, nos invita a continuar valorando el peso patriótico de la Virgen de Guadalupe, el efecto de profundidad que había operado también la historia más contada de la Nueva España entre la gente sencilla, al comenzar la guerra por la Independencia. Las mencionadas devociones colectivas guadalupanas de Michoacán deben tomarse como un mínimo, el de los documentos reunidos (sin profundizar lo suficiente) en esta primera aproximación a una creencia piadosa, que sirvió como un vínculo de identidad mayor que los contornos del obispado. Son muchos los papeles que desconozco; hay series de documentos que ya no están completas y hubo manifestaciones de la devoción que, en su momento, escaparon de la regulación de la iglesia (como las cofradías que dejaron de registrarse o, por ejemplo, las devociones todavía más pequeñas que nunca llegaron a ser hermandades). El máximo de la devoción está por conocerse, pues no se hizo un registro de las imágenes de la Virgen en colegios y conventos, ni en muchos otros recintos religiosos. Se necesitaría cumplir con enumeraciones muy difíciles de realizar, algunas más cercanas a la cultura artística. Pero la labor de seguir adivinando otros espacios guadalupanos, tanto públicos como particulares hacia finales del siglo XVIII, supera las planas de un artículo. Existiría el peligro de colocarnos en la posición del padre Florencia cuando escribió: “Discúlpe-me el zelo, si me he excedido, ya que no he podido detener la pluma”.

⁹⁰ Sonia Lombardo de Ruiz, *op. cit.*, lám. 30.

